



● Julio César González

manual del rebelde
diario de un adolescente

n
a
r
r n
a o
t v
t e
v l
a a



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO



Manual del rebelde. Diario de un adolescente eligió un discurso que acertadamente es y representa la voz de un adolescente. En esta estrategia de lectura se espera el encuentro con un lector de esa calidad. La novela nos empuja dentro del círculo incierto de la adolescencia —planteado aquí como una filosofía práctica del ser—, para aproximarnos a la condición del aprendiz que migra sin descanso en búsqueda de autenticidad. Es este un tutorial que esboza los primeros atrevimientos, indispensables por demás, previos al camino de liberación. Esta obra nos rebela contra todo indicio de falsedad y autoritarismo, y revela así el periplo que se cumple en nosotros, los lectores, que habremos de completar las posibilidades de la única insurrección fundamental: ser nosotros mismos.

Julio César González

Licenciado en Letras por la Universidad de Los Andes (ULA), Doctor por la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor de Literatura y de Psicología en la Escuela de Artes Escénicas, Facultad de Arte de la ULA. Editor Literario. Escritor.



ISBN: 978-980-11-1907-4



Julio César González

manual del rebelde

diario de un adolescente

n
a
r
i n
a o
i v
i e
v l
a a

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Autoridades Universitarias

- *Rector*
Mario Bonucci Rossini
- *Vicerrectora Académica*
Patricia Rosenzweig Levy
- *Vicerrector Administrativo*
Manuel Aranguren Rincón
- *Secretario*
José María Andrés

SELLO EDITORIAL
PUBLICACIONES
VICERRECTORADO
ACADÉMICO

- *Presidenta*
Patricia Rosenzweig Levy
- *Coordinador*
Ricardo R. Contreras
- *Consejo editorial*
Ricardo R. Contreras
María Teresa Celis
Jesús Alfonso Osuna Ceballos
Alix Madrid
Rafael Solórzano
Marlene Bauste

Unidad operativa

- *Supervisora de procesos técnicos*
Yelliza García
- *Asesor editorial*
Freddy Parra Jahn
- *Asistente*
Yoly Torres
- *Asistente técnico*
Liliam Torres

Los trabajos publicados en esta colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas.

Colección Arte de la palabra

Serie Narrativa

Sub-serie Novela

Sello Editorial Publicaciones Vicerrectorado Académico

Manual del rebelde. Diario de un adolescente

Primera edición digital, 2018

© Universidad de Los Andes

Vicerrectorado Académico

© Julio César González

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal:

ME2017000183

ISBN: 978-980-11-1907-4

ISBN: 978-980-11-1908-1

- Concepto de colección
Katalin Alava
- *Corrección de texto*
José Antequera
Claudia González Da Silva
- *Edición Literaria*
José Antequera
- *Diseño y diagramación*
Julio César González
Carlos Saavedra
- *Diseño de portada*
Carlos Saavedra

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los autores y el editor.

Sello Editorial Publicaciones Vicerrectorado Académico

Universidad de Los Andes

Av. 3 Independencia

Edificio Central del Rectorado

Mérida, Venezuela

publicacionesva@ula.ve

publicacionesva@gmail.com

<http://www2.ula.ve/publicacionesacademicas>

Editado en la República Bolivariana de Venezuela

Prólogo.....	7
Identidad.....	11
¿Qué pasó en mí?.....	12
¿Alguien preguntó?.....	13
La escuela ha muerto.....	14
Leo.....	16
Veracidad.....	17
Rayados.....	18
Sideral.....	19
Instante.....	21
Chalequeo intenso.....	22
Claves predeterminadas.....	24
El nacimiento de Venus.....	25
Chi 2.....	26
4:20.....	27
Otras mediciones.....	29
Pájaro.....	30
Motivo y acción.....	31
T. J.....	33
Dr. D.....	34
Lunar.....	36
Paradoja.....	37
Vocación.....	38
Entusiasmo.....	39
80 /120.....	40
La Pandilla Maldolor.....	41
Arranca Leo.....	43
Samy al bate.....	46
Dispara Elio.....	49
Mi turno al báculo.....	52
Al salir del colegio vi dos perros atacando a un cachorro.....	55
Arrojo.....	56
Hoyo.....	57
Fidelidad.....	58
Cartoon.....	61
Corte.....	62

Skrillex.....	63
I wish you were here	64
Muerte	65
Mensaje.....	66
Funeral y amor	67
Lucía.....	68
Equis	69
Jorgito.....	70
Sol.....	71
CMS.....	72
Cuadre	73
Aventura en bicicleta.....	74
Permacultura	76
El Resguardo.....	77
Utopía en torno al fuego.....	79
Libre albedrío.....	82
Meditación extrema.....	83
Psicoterapia	84
Vocación II	85
Excuse moi, mon cherie Rimbaud	86
Presentación.....	87
Encanto I	88
Reflexión y celos.....	90
Encanto II	92
Apuntes de psicología	93
Encanto III.....	95
Sofía y Psiquis.....	96
Filosofía.....	97
Café Teens.....	98
Tus cabellos enredados en el alba	99
Una temporada en el Infierno.....	101
Sexo	103
Nosce te ipsum.....	104
Inecuación	105
¿Por qué escribo?	106
Encanto IV	108
H. Ulises	109
Adiós al Facebook	111
Balance del daño escolar	115
Conocimiento directo.....	116
Discurso de orden.....	119
Fiesta de grado	125

La familia de la mesa redonda	127
Rumba.....	131
La Culata	132
Iniciación	133



Nunca había aceptado prologar una pieza literaria, soy psicólogo, no escritora, tampoco crítico. No obstante como lectora he mantenido siempre una proximidad seria, cordial y dinámica con la literatura. Su historia no me es ajena, y mi dilecta inclinación por la narrativa constituye una de las vivencias que más me ha enseñado de psicología. Pero no fue este el motivo que me hizo aceptar la petición, fueron razones muy distintas, pero a ellas me referiré más adelante.

Si bien los diversos textos que conforman el libro poseen autonomía, alcanzan su sentido al entrelazarse para narrar una sola historia: la del adolescente que principia la busca de su identidad, de su vocación, de la sexualidad y del amor. Los movimientos anímicos de quien escribe, así como las experiencias relatadas, delinean la imagen matriz de la adolescencia; pero el joven que lo hace no es común, se trata de alguien aventajado, con reflexiones, lecturas y anhelos que pocos a su edad poseen.

Manual del rebelde... es un cuaderno autobiográfico en el que el autor va anotando sus prácticas de rebeldía, dejando constancia de su tránsito existencial y adolescente, y aunque la secuencia es cronológica, no se trata de un diario convencional. Ya el lector juzgará.

Revelo en el momento una de las razones que me llevan a escribir estas líneas: He estudiado la adolescencia, crucial período humano, en él se basa una de mis líneas de investigación, acerca de él enseño ahora.

La adolescencia es un acontecimiento psíquico, mientras que la pubertad es un evento fisiológico. El púber se encamina al humano ya formado al tiempo que se aleja del niño. Algunas de las funciones endocrinas que en el adulto son regulares, en aquél irrumpen impulsadas por la actividad de ciertas glándulas que hasta ayer se encontraban en un relativo reposo.

La acción de estas nuevas actividades orgánicas en la psiquis del adolescente es perturbadora, arquetipos antes dormidos comienzan a despertar, algo nuevo pide ser tomado en cuenta, se remueve exigiendo su puesto. Afrodita gana terreno a Artemis, Dionisos despunta, la conciencia se altera y entra en escena la rebeldía: el signo de la adolescencia.

Claro está que en todos los muchachos esta crisis no se da con la misma intensidad ni de la misma forma. La rebeldía puede inducir la búsqueda de la propia identidad, puede ser el germen de una existencia independiente y provechosa, rebelarse no siempre es sinónimo de enfermar. Mas por lo general nuestros jóvenes - desorientados por el medio familiar, educativo y social, cultural en suma- no hallan cauces para experimentar su rebeldía de forma sana e íntegra. Entonces, o bien se pierden en el mundo y enferman, o bien reprimen la rebelión hasta que en algún momento la crisis toma la revancha. La adolescencia es arquetípica, y si no en su período natural, en algún momento se la ha de padecer, so pena de graves psicopatologías represivas.

Y esto me lleva a la segunda razón por la que acepté la escritura de este prólogo. Conocí a Alejandro, el autor de *Manual...*, una mañana en que mi hija lo llevó a casa, los dos eran compañeros de estudio. Yo había estado haciendo algunas notas para dictar mi primer seminario en torno a las crisis de los adolescentes.

Al salir del estudio me encontré con la imagen del alma herida de Rimbaud. Fue un impacto: vi un rostro desilusionado, hinchado por hematomas, los labios partidos y una mirada aguerrida que anunciaba una desafiante vida interior. Recuerdos emocionales y autobiográficos aún sangrantes en mí -pero bien ocultos-, fueron movilizados por esta visión. La imagen vino a arrancarme del olvido y supe entonces que mis estudios sobre la adolescencia eran una racionalización proyectiva que me distraían de emociones centrales y candentes no vividas hasta el final.

A partir de entonces comencé a acercarme a él, se planteó entre nosotros una relación simétrica de la que ambos nos enriquecimos, o eso creo. En mi caso logré examinar esa etapa de mi existencia reviviéndola íntimamente e incorporándola a fondo.

Para el que ya no es joven, la inflexible búsqueda de autenticidad que clama desde el principio de esta narración hasta su final, puede

parecer exagerada o hasta irreal, pero, ¿acaso recuerda el adulto esa conmoción inédita e insobornable que para nuestra alma significó la adolescencia?

Mi deseo es que los lectores de este diario sientan su proximidad con la vitalidad que lo he sentido yo, que hoy veo retornar a mis días la ternura y el arrojo. Y ésta es mi tercera razón.

Lucía Torres

Identidad



Me culpan de no ser yo quien debería, ser rebelde, no hacer lo que mejor me conviene. Me culpan por desajustado, por dudar de todo. ¿Qué hay de malo en mí? ¿Soy un error biológico? ¿Un experimento frustrado del Cielo? Si es así no es mi problema, habría que preguntarle a la Naturaleza o a Dios qué hago aquí.

No quiero que pase este momento de mi existencia sin dejar constancia. Se supone que al acercarse la mayoría de edad uno debe decidir qué va a hacer. Sin embargo alguien como yo, educado por padres y profesores como los míos, nacido en esta parte del mundo, en esta época, no puede decidir de verdad. Mis opciones no son mías, me han sido dadas, lo único que se me permite es escoger entre ellas ¿Es esto decidir lo que uno quiere hacer? No lo es, sin duda. Me llamo Alejandro como mi abuelo, y si bien es cierto que yo mismo hubiera escogido este nombre, nadie me preguntó si quería llamarme así, de manera que a veces ni siquiera hay opciones.

A veces creo que esta no es mi época ni mi lugar. Mi hermana cree que soy demasiado extraño para tener mi edad: "Tus preguntas no tienen respuestas", "piensas demasiado", "no te gusta lo que a todos." ¿Sabe ella quién soy? ¿Sabe alguien quién soy? ¿Se conoce alguien a sí mismo? Me duele el mundo pero también me atrae, me jode pero yo me defiendo. Siento que si me soy fiel me vuelvo fuerte: la rebeldía me sostiene. Sólo con quienes están en guerra me entiendo. ¿A quién le es fiel la gente? Esta es una pregunta importante.

Qué pasó en mí

Yo era un chamo tranquilo, primer lugar en rendimiento y disciplina, premio en poesía y cuento, un güevito. Mis padres y maestros me querían, yo sabía qué iba a ser cuando estuviera grande. La primera comunión fue en mí algo verdadero, no un paro social, conocí lo que llaman gracia cuando comulgaba. Ayudaba a los amigos a hacer las tareas escolares, ayudaba en casa, respondía el rosario cuando oraba con la abuela, ayudaba a mi papá en el jardín, pintaba, hacia deporte, bañaba al perro. Era un niño bueno y quería ser santo. "Antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde todos los corazones se abrían, donde corrían todos los vinos".

Pero al salir de primaria me sumergí en un planeta extraño y aquellas certezas me abandonaron, cesaron mis convicciones, fui tomado por poderosas e intensas fuerzas, me sentí exiliado. "Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié. Tomé las armas contra la justicia. Huí".

A medida que iba cambiando mi voz, que mi cuerpo crecía, que se transformaba mi apariencia, algo dentro de mí también sufría un cambio. De pronto me veía compelido a satisfacer urgentes necesidades que antes no estaban. Experimentaba súbitos y poderosos cambios de ánimo que no podía explicar. Pensamientos y emociones antes leves y circunstanciales, ahora se instalaban en mí amenazando mi tranquilidad y las relaciones con los demás. ¿Qué pasó en mí? "Salté sobre toda alegría, para estrangularla, con el silencioso salto de la bestia feroz".

¿Qué pasó en mí? Dejé la religión para tripear con los panas; en vez de ayudar y servir, comencé a escapar y destruir; perdí la confianza de mis mayores y gané la aprobación de mi pandilla. "Me sequé con el aire del crimen".

¿Alguien preguntó?



¿Alguien me preguntó si yo quería nacer? No hagamos de esto un asunto teológico, ni lógico, es una pregunta sencilla. ¿Alguien preguntó? Nadie lo hizo. Aquí estoy, sin embargo, y me temo que no podrán devolverme si no soy lo que esperaban. Claro, pueden intentar arreglos, transformaciones, pero les juro que no lograrán hacer de mí algo que no soy, alguien que no quiero. Podrán dañarme, obligarme a la maldición, transformarme en un lobo estepario, en un segregado, mas no me verán sonreír a los idiotas para ganar un lugar en su mundo de papel.

La escuela ha muerto



A veces me siento burda de raro pensando como pienso, me hago preguntas que no veo que otros de mi edad se hagan, siento cosas que parecieran estar fuera de todo orden. La gente se conforma con las cosas tal y como son, no dudan. En cambio a mí nada me parece obvio, dudo de todo, nada me parece definitivo, ¿acaso todo no está cambiando siempre? Me siento extraño, extranjero, a veces incluso entre los panas. Siento que me hace falta algo que no puedo encontrar en nada de lo que conozco, en nada de lo que hay por ahí.

Los objetivos que persiguen los adultos me parecen vacíos - cuando no infames-, no me veo persiguiéndolos yo. Mi generación no tiene objetivos, no propios, actúan automáticamente, son pocos los que se preguntan en serio qué sentido tiene toda esta vaina, los que se dan cuenta de que nuestra vida es una simulación virtual.

Elio decía el otro día que él le hacía el amor todos los días a su novia: "Le echo tres por lo menos, y sin bajarme." Yo no dije un coño, pero me pareció que exageraba, ¿o nos mojoneaba de frente? Por una parte se nos condiciona para actuar de ese modo, se supone que a nuestra edad uno debe ser ya un duro; y por otra, no se le ha quitado la etiqueta de "eso es malo" al sexo. ¿Existe un término medio?

¿Qué chamo, qué chama, de diecisiete años tiene una vida sexual plena? ¿Qué chamo, qué chama, de diecisiete años admite estar inseguro en este campo? Además de aprender a ponerle un condón a un pepino, ¿qué nos enseña la escuela sobre el sexo?

Leí un libro de los años setenta que se llama *La escuela ha muerto*, y debe tener razón el autor, tiene que haber muerto, pues ¿qué sentido tiene una escuela que no enseñe a vivir? No todo el mundo necesita saber trigonometría, o gramática, y sin embargo todos debemos aprender esas vainas; pero saber vivir sí es algo universal, y sin embargo sobre esto no se nos educa.

Me siento raro, y no sólo porque pille en mí un gran enredo, sino porque veo que a nadie que conozca le importan estas cosas, o nadie las admite, a nadie le fluye.

Leo



Mis padres salieron una semana de la ciudad, a un congreso, de modo que saqué el Jeep para ir al colegio. Cuando me estacionaba se me acercó un chamo nuevo de la "A": Sendo tanque -dijo-, y qué, ¿tus viejos no están? Y sin esperar a que yo respondiera agregó: yo soy Leo, pana. Y me ofreció un puño para que yo lo chocara. Eso hice mientras le decía mi nombre.

Te acompaño a tu clase -expresó él mientras caminábamos-, quiero saber si es verdad que los de la "B" son los más malandros. En Quinto no hay malandros -bromeé-, llevamos cinco años de desensibilización sistemática. Bueno -repuso él mientras reía- algún Harry Haller habrá. Ah, bueno, eso sí -respondí yo- acabas de conocer a uno. Entramos al salón.

"¡Nuevo, nuevo!"..., gritaron los compañeros cuando vieron a Leo, por su puesto, aprovechando que el profesor no había llegado. Leo siguió caminando, acicateado por el abuceo, sitiando la clase con una mirada penetrante y hosca, se situó de espaldas al pizarrón, confrontando a todos, e hizo una pronunciada reverencia. ¡Y qué pasó mariquitos! -vociferó-, ¿no van a aplaudir?

Yo no podía creer la vaina, me privé de la risa y le di un golpe amistoso en el hombro. Luego él se fue.

Al medio día, cuando regresaba al estacionamiento, Leo me esperaba junto al Jeep. Estavaina es más aburrida que un colegio mariano -dijo cuando me vio-, hagamos algo, lo que sea, pero larguémonos de aquí. Y de bolas, eso hicimos, subimos la Loma del Fuego, esperamos la noche, y nos tripeamos la ciudad desde lo más alto.

Veracidad



Qué hace que alguien esté ciego a la verdad? O al revés, ¿qué hace que alguien pueda captar la verdad? Para mí es evidente que el mundo nos mojonea durísimo, ¿acaso no es algo que todos deberían ver? “Libertad” es una palabra que nadie vive. ¿Qué verdad puede ser más irrefutable? Y éste es sólo un ejemplo, uno de los más fáciles, pero hay muchos: Dios no está en las iglesias (mucho menos en la Iglesia). “Países del tercer mundo”, “países del primer mundo”, son términos creados por éstos para justificar su dominio sobre aquéllos. La aldea global es un mito de mercado. El Coco no existe. Se nos educa para matar. La sociedad del conocimiento es la sociedad del desconocimiento.

Pero cosas tan evidentes no pueden ser dichas en el colegio, en la casa, en la oficina del profesor guía sin que uno sea expulsado, castigado o fichado.

Rayados



La diferencia entre un hombre responsable y un borrego, es que el responsable sigue su propio camino, mientras que el borrego obedece un camino impuesto por otros.

Hacer un personaje puede ser divertido las primeras veces, pero ser uno mismo es algo que siempre da nota.

Un libro no leído es una afrenta a los bosques, un sacrificio innecesario.

¿Sociedad del conocimiento? La Naturaleza.

Occidente es un proceso autoinmune que sufre el Planeta.

Me gusta la cultura, por eso voy al campo.

No tomes Alprazolam, tómate una pausa.

No reprimas a tu hijo con exhortaciones morales, el mundo lo ganará, inmunízalo en cambio con amor rebelde y será libre.

Sideral



Todos estos días ha estado nevando en la Sierra. Anoche le dije a Leo que subiéramos a aventurar a Sideral, en seguida dijo que sí. Esta es una de las cosas que me gustan del pana, es reestado, no lo piensa mucho, tiene brío. Estábamos en su casa de El Alto, no muy lejos de nuestro objetivo, así que acomodamos los morrales y le dimos.

En ocasiones tomados de la mano, pues la neblina estaba espesísima, echamos más de tres horas en llegar a Sideral por una ruta que bordea Las Pirámides. No existe lo que se pueda llamar un camino, pues la vegetación ha crecido burda, y además, a veces uno se encuentra con que el terreno ha fallado, de modo que se hace necesario trepar el monte para salvar los barrancos.

Al llegar buscamos dónde vivaquear, pero resultó que era luna llena y unos tipos estaban comiendo hongos, así que dudamos en quedarnos: los bichos estaban fritos, corrían desnudos por el potrero y gritaban vainas incomprensibles.

A corta distancia una jevita, ¡parecía plateada!, daba vueltas cantándole a la luna mientras ejecutaba una danza con movimientos manuales de tai chi. Al vernos se asustó un pelo, pero al notar que no había mala vibra se calmó, y subiendo la voz preguntó que si éramos amigos del Mono -la chama prolongaba las vocales de una manera deliciosa, con intensa melodía hippie-, el toche Leo respondió a medio grito que no, que éramos extraterrestres, y la pana se nos quedó viendo como si se le hubiera ido la señal.

Luego se aproximó, desnudita, el cabello hasta la cintura, los senos tatuados y en cuarto creciente, el pubis radiante, cogió una cala del potrero y nos la ofreció diciendo: Para que los alumbre en la Tierra, hermanos.

Yo tomé la flor y al instante observé que iluminaba -fuera e coba-, que no me quería ir, que de repente hermano pero simbólico, que

moría por besar a la hechicera, calar su cala, beber su flor, someterme a sus encantos.

Pero comenzaron a llegar sus compañeros, demasiado idos, y dije ladillado que el pana y yo bajábamos porque iba a llover.

Terminamos en una cueva tomándonos media de brandy que habíamos llevado. Antes de acabar la botella los dos llorábamos, tristes porque el mundo nos dolía, alegres por no estar solos.

Instante



Medias lunas grabadas de cascabel
desciendo
desciendo
en una gota de tu sudor desciendo
me deslizo suave
en silencio
bajo por tu pecho
palpitando te recorro
al llegar al ombligo
centro constelado que me advierte
deshago la gota para bañarme en tu humedad
caigo en la cascada
bosque de pinos es tu pubis
penetro el lago fugaz
espejo de las estrellas
de rosa infinito
líquidos místéricos lavan mi rostro y veo la luz
cometas radiantes que me fulgen para tatuarme en ti

Chalequeo intenso



Ya Elio me tiene marchito con el mismo e intenso chaleco: Fóllate a Clarisa, ¿no ves que la tipa está babeada por ti? Y también Samy: Chamo, tú como que eres marico, ¿qué te pasa?, pégate a esa jeva, ¿o no te gustan las mujeres?

Mi vocación heterosexual es muy clara, me encanta la mujer, la que no me gusta es Clarisa. La chama es bien, no tengo nada en su contra, pero como dice el abuelo: "No me la pide el pájaro".

¡Triste!, y lo peor es que me importa lo que esos güevones piensen ¡Hazlo tú! -le dije a Samy- pero me la aplicó diciendo que era yo quien la tenía loca. Le insinué lo mismo a Elio, pero dijo que la chama era amiga de su novia.

Entonces hice una analogía con la alimentación: Yo no me comería un plato de hígado encebollado, por más succulento que a otros le parezca, pues no me gusta el hígado ni la cebolla. Me gusta la comida -continué- hay platos que me gustan burda, pero el hígado encebollado no. Así mismo no le voy a hacer el amor a Clarisa porque ella no me gusta. Lo haría con una que me guste, encantado, pero no con ella, porque no me gusta. ¿Es muy difícil de entender?

Al parecer fue muy difícil para Samy, pues no entendió: ¿Quién está hablando de hígado y esa paja, tú estás loco? Elio quizá captó mejor la cosa, pero argumentó que yo debía pegarme a alguna chama, aunque fuera random, para demostrar que no era marico. Yo me iba a ir pal coño, estaba ladillado, pero reflexioné y preferí aplicarles una: Ok., ¿saben quién me gusta?, ¿saben con quién lo haría? ¿Con quién? -preguntaron al unísono mientras la cara de güevones dejaba correr una sonrisa de satisfacción- A Elisa, a ella se lo haría, y creo que yo le gusto, ¿apostamos? Mas Elio se me vino encima todo arrecho. Elisa es su novia.

Si no es por Leo que llega en ese momento e interviene creo que los tipos me hubieran caído a coñazos. ¡Dejen al pana! -gritó-, qué les pasa par de chungos. ¡Fuera de aquí! Elio y Samy no dijeron nada, nada, agarraron sus bolsos y ¡peluca! Si yo hubiera sido Elio o el otro pana también hubiera corrido, la mirada de Leo asediaba, su voz era un rugido. Al final el hermano y yo nos cagamos de la risa.

Al brother no le dicen Leo porque se llame Leopoldo, ni Leonardo, ni Leónidas, tampoco porque haya nacido en agosto. ¿Por qué será?

Claves predeterminadas



Para que el usuario no se tome la molestia de escribir la misma clave cada vez que va a ingresar a un servidor Wi-fi, por ejemplo, el sistema la predetermina. Las convenciones son claves predeterminadas que empujan al juego social y así el usuario no tenga que pensar si participa o no.

El nacimiento de Venus



La tarde del viernes fui a la biblioteca y pedí un libro de imágenes sobre el Renacimiento florentino. Me acomodé en el único sofá que hay en la sala de lectura, encendí el Ipod (Vivaldi: "La Primavera"), y me puse a hojear las láminas. En el momento en que me encontraba con *El nacimiento de Venus*, un panita y una pana de la "C" entraron en compañía de Irene, una chama nueva de mi sección.

Ya antes me había pasmado la obra de Botticelli, días atrás había soñado con la nueva. En ese minuto la profesora Eduvigis apareció en escena: los panas abrazados seguían a Irene, que a toda prisa, iba hacia los estantes, la profe caminaba a su encuentro.

Un clavo que sobresalía de una de las mesas, prendió el exiguo vestido de Irene y se lo arrancó -Venus emergiendo de su concha de mar-, los amigos -Céfiro y Cloris-, volaron hacia ella, la profe de Ciencias de la Tierra -Gea con pena ajena-, saltó con su pañoleta decidida a ocultarla, y yo -espectador maravillado-, pude contemplar la desnudez clara y perfecta, de Venus adolescente, que apenas cubriéndose volteaba hacia mí.

Chi 2



Lo del trabajo de grado me tiene arrecho, y lo he manifestado en clases. No encuentro en mí nada que vibre con el método científico, ¡es tan parcial! ¿Cómo abordar la vida a partir de un chi cuadrado? Está bien si uno quiere medir la materia, pesarla, cuantificarla, pero cuando se trata de acercarse a lo humano el método científico es insuficiente, no alcanza, pervierte las observaciones en procura de la supuesta y deificada objetividad de la ciencia. Yo propuse como tema de mi trabajo estudiar la obra de Georgio Bertoia, pero inmediatamente se me preguntó: ¿Qué va a medir? Cómo que qué voy a medir -respondí-, bueno, si quieren cuento las páginas de todos sus libros, o si la muestra les parece poco significativa cuento todas las palabras que ha escrito. El viejo de Biología dijo que no, que esa no era la manera de abordar un problema de investigación. Qué toche, creo que ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba vacilando. Investigación no es sinónimo de método científico, como si no hubiera otras maneras de investigar, y si no las hay se inventan, lo que interesa es el objeto de estudio, no el camino que se utiliza para dar cuenta de él.

4:20



Yerba, ganjah, la planta, 4:20... A Samy lo capturaron el viernes fumándose un porro en la cancha de futbol y lo quieren expulsar. Se armó un peo horrible, la mamá lloró, dijo que le iba a quitar la moto.

Hoy hubo una reunión extraordinaria en el auditorio, vino un funcionario de una institución anti-drogas del gobierno, un paco, un psicólogo especialista en adicciones y el miembro de un grupo de doce pasos llamado Renacer.

El funcionario dijo que la adicción a psicoactivos era la nueva pandemia, dio estadísticas actualizadas sobre el consumo de las drogas más conocidas, la edad promedio de consumo, su tasa de mortalidad, etc.

El paco habló de los procedimientos judiciales que se llevan a cabo para "frenar este flagelo".

El psicólogo estableció diferencias entre consumo y adicción, refirió sus causas y los diversos tratamientos con los que se trata la "dependencia a sustancias".

Elio, a todas estas, susurraba una letra de Morodo: "Y díganme, que problema tienen con la yerba del rey... el ganjah está bendito por el dios de Moisés"...

La intención deliberada de todos los invitados era meter miedo (qué originales), creyendo que de este modo los que no han probado se abstendrán de hacerlo y los que ya consumen desistirán. Lo cierto es que este modelo no ha funcionado, antes bien, cada día son más los que buscan por ese lado.

El psicólogo, sin embargo, dijo algo interesante: Consumir drogas es una forma de automedicación con la que se procura aliviar el malestar psicológico que experimenta el adolescente. Pero es un acto

fallido -continuó diciendo-, pues en vez de solucionar el problema que se padece lo hace degenerar en enfermedad. Hay otra formas de vérselas con la presión emocional y social que vive el joven de hoy -dijo para concluir- otras maneras de resolver los problemas.

El adicto en recuperación no habló, se limitó a darle una tarjeta a Samy y un apretón de manos cordial.

Otras mediciones



Propuse otro tema para el trabajo de grado, esta vez lo delimité, e incluso planteé una hipótesis, era un ejercicio para hacer en clase: "Relación entre sentido del humor e inteligencia". Hipótesis: A mayor sentido del humor mayor inteligencia ¿Cómo va a medir el sentido del humor?, me preguntó el profesor. Yo me reí.

Pájaro



Fui a la cocina a buscar un vaso de agua y me encontré un pajarito revoloteando, me resultó extraño pues era de noche. Me parece que lo escucho todavía. ¿Cómo se le dice al sonido que hace un pájaro asustado? No es canto, no es trino, no es graznido. Abrí las ventanas para que saliera -¿cómo entró?- pero él se asustó más y siguió aleteando. Un pájaro aleteando en el hogar, un pájaro aventurándose en la noche, un pájaro atrapado. Por fin escapó.

Motivo y acción



Los únicos que no formábamos equipo para hacer la tesis éramos Irene y yo, así que el profesor de Biología ordenó que nos uniéramos. Me acerqué a ella en el recreo, recordé –como casi siempre que la veía– su representación de *El nacimiento de Venus* y me sonreí, creo que ella se dio cuenta del motivo de mi picardía. Aunque ser pilas con las chamas no es mi punto fuerte, esta vez decidí serlo, pero me pasé: ¿Nunca llevas ropa interior? Irene me observó con ojos desafiantes, y al tiempo que se ponía roja gruñó: ¡No seas estúpido, pana! Yo vacilé, y buscando cambiar el tono del encuentro pues era yo quien se sonrojaba ahora, le pregunté que si ya tenía tema, ella, mirándome de reojo, entre vergüenza y rabia, dijo que sí: “Relación entre capacidad resiliente y creatividad en estudiantes de preescolar.” Agregó, antes de que yo dijera nada y aprovechando que yo bajaba la guardia, que su mamá era la tutora y que no pensaba cambiar de estudio, que ya tenía esbozado el capítulo I. Que si yo pretendía trabajar con ella debía no sólo aceptar el tema sino ponerme pilas y comenzar a aportar, que buscara antecedentes. Que yo le parecía un engreído, que no se puede criticar algo sin antes conocerlo, que es muy fácil decir que nadar es una estupidez si uno ni siquiera se acerca al agua, que lo arrecho es decirlo luego de uno aprender a hacerlo bien.

¡Quieta! –le dije–. Está bien, acepto todo. Ella no se rio como yo hubiera esperado, pero agregó en un tono menos agresivo: Leí que si se tiene un buen motivo la acción surge sola. A mí tampoco me entusiasma mucho el método científico, pero tengo buenos motivos para graduarme, y el trabajo es un requisito, de modo que hasta he descubierto cosas interesantes. Busca un buen motivo, sobre todo porque vamos a trabajar juntos y no me quiero calar tu terrorismo.

Irene vestía ahora de uniforme, y a pesar de que me seguía mirando con desconfianza, yo no podía dejar de verla como Venus emergiendo de su concha de mar. Exagerando mi acostumbrada vehemencia, reafirmé entonces que aceptaba sus condiciones para hacer equipo, pero que no aceptaba su posición, pues para mí el motivo no era más importante que la acción. Entonces Irene replicó

que no se trataba de importancia, que lo que intentaba transmitir -y se masajeó la sien como hacen los padres desesperados cuando los niños no comprenden algo que parece obvio-, es que si se da con un buen motivo, algo aburrido o hasta irritante muestra su otra faz, una que puede resultar atractiva.

Yo había comprendido desde un comienzo su planteamiento, y en su nivel tenía razón, pero yo hablaba de otra cosa, lo que argüía era que la acción debe sustentarse en sí misma, y no en ningún motivo que la impulse, así que lo dije.

De modo que el motivo para hacer algo -dijo Irene como hablándose a sí misma- debe ser la acción por sí sola, bueno, interesante, chamo, tremenda teoría para venir de un buzo y un pegao.

T. J. •••••

T. J. es la chama que a todos les gusta, parece esculpida por el deseo de la época. Es delgada, de rostro delicado y facciones inquietas, bronceada siendo rubia natural, le encantan las minifaldas y los shorts muy cortos, cualquier prenda de vestir que deje que su bello cuerpo se insinúe. Pero, ¿cuál es su mundo? No sé si lo quiero averiguar. Aunque no tengo alternativa: estudia en un colegio de monjas, hija de Papito Rocco y Mamita Elena, tiene un poodle que lleva a la peluquería con disciplina semanal. Compra su ropa en Italia o Nueva York, pero cuando está aquí y sufre una emergencia debe conformarse con Zara, Bershka y Chevignon. Va más a Mc Donald's que yo a la biblioteca, pero sólo por el Mc Flurry. Hace Pilates, en su casa hay un solárium con rayos de sol pasterizados, una cancha de tenis que nadie usa, una piscina aclimatada. Nunca ha tenido piojos ni parásitos, viaja en el jet de su tío, es altiva de carácter, distante con los que no conoce o no forman parte de su grupo. Es evidente que su mundo se llama oquedad, plástico, labial de fresa.

Dr. D.



Le pregunté al Dr. D. cuál era la función del psiquiatra. Los arquitectos diseñan edificios –comencé diciendo–, los poetas poemas, pero, ¿qué hacen los psiquiatras? Él no esperaba una pregunta de este tipo, creo que no esperaba ninguna pregunta, en nuestro colegio el castigo para el rebelde consiste en pasar una hora escuchando al Dr. D., no en hacer preguntas. Sin embargo él respondió, como si no estuviera seguro de que yo entendiera, que el psiquiatra vela por la salud psíquica de sus pacientes.

Esto, por supuesto, hizo surgir otra pregunta: ¿Qué es la salud psíquica? El pareció sorprenderse de nuevo, pero dio algunas definiciones de diccionario. Sin embargo esto no era lo que yo estaba preguntando, pues para mí era evidente que estas definiciones partían de un modelo de salud mental establecido, de modo que quien no encajara dentro de los límites de este acuerdo, debía estar loco por definición. Habló entonces de la diferencia entre locura (psicosis) y trastornos psíquicos menores (neurosis).

Pero esto tampoco era lo que yo preguntaba, de modo que repregunté haciendo una analogía parecida a la anterior: El agricultor provee a la gente de alimentos, el albañil les construye viviendas, ¿qué hace el psiquiatra por la gente? Hace que el agricultor y el albañil – argumentó al instante–, que han dejado de cumplir con sus funciones por causa de algún malestar psíquico, vuelvan a su trabajo habitual.

En ese momento recordé al Dr. Scholl, recordé mis viejos zapatos ortopédicos, recordé la explicación que me daba mi madre cuando yo me negaba a usarlos: Tú tienes los pies mirando pal monte, y hay que acomodártelos –recordé mi respuesta–: ¡Pero si así son mis pies!

Entonces la función del psiquiatra es ortopédica –respondí–, corrige en la gente aquello que lo desvía de la norma, hace que los que miran pal monte centren su mirada en el camino indicado. Pero esto hace surgir una cuarta pregunta –repuse–, ¿quién decide qué es lo normal, quién establece el camino recto?

Él me devolvió la pregunta: ¿Qué crees tú? Era evidente que ésta era mi interrogante central, y que el Dr. D., como psiquiatra, no dejaría de aprovechar este momento para ver si podía hacerse de un “perfil de mi personalidad” (ya en una ocasión me había diagnosticado un desorden desadaptativo prolongado). La ocasión me tentaba, me moría por dar una respuesta irreverente, pensé en decir cosas como el Capital, el Aparato Productivo, o, en tono irónico, la Sociedad de Padres y Representantes, el Colegio de Médicos. Pero lo pensé mejor y no dije nada, no quería prolongar mi castigo.

Él respondió entonces que el “camino recto” estaba definido por especialistas (quiso decir: “por psiquiatras como yo”). En ese momento lo miré directamente a los ojos, inquisitivo, y no vi más que a un hombre cansado, acostumbrado a vivir con una cómoda pero falsa imagen de sí mismo, totalmente incapaz de decidir qué convenía más al ser humano y qué menos.

Lunar



La piel de T. J. es delicada como la de una niña. Si los aromas hablan, el suyo susurró a mi olfato la palabra "seducción". Las manos de T. J. son delgadas y hermosas, de belleza sifrina.

Un pequeño lunar bajo su labio, rector de la admirable simetría de su rostro, obsesionaba mis ganas de besarla.

Su sonrisa es plena y ligera, los ojos rasgados y azules, brillantes, de noble mirada entusiasta. Y sin embargo, una fina hebra de tristeza me guiaba por instantes a la desnudez de su alma herida.

La besé con labios medidos, yo, que hasta ayer la criticaba.

Paradoja



Un hombre dijo: Tengo el mejor trabajo que podría tener, aunque no me guste, aunque me enferme. Y por qué es un buen trabajo -le preguntó su amigo-, porque gano lo suficiente para divertirme y olvidar que no me gusta, porque mi seguro médico cubre todos los gastos de la enfermedad que me ocasiona trabajar.

Vocación



El sustantivo "vocación" proviene del verbo latino *voco*, "llamar". Entonces la vocación es un llamado. Me pregunto qué pasó con los profesores del colegio, ¿llamada equivocada? O de repente su vocación era trabajar en la cárcel, o en una fábrica de hielo, pero cuando los llamaron no había señal y quedaron vacantes. O, ¿son robots multiuso? Qué mal, resulta que uno de estos profesores nos dio hoy una charla titulada: "Orientación vocacional." ¿O será que yo estoy frito?, de pronto y los tipos sí atendieron su llamado, y la Escuela es una cárcel manejada por robots, una fábrica de hielo, y todo fino.

Entusiasmo



Cuando te veo cantan las aceras, la luz hace vibrar las cosas de siempre: la grama, un pájaro, el vaso de cartón que rueda por la calle, la calle, los carros; y algo que no es de aquí, algo que emana de tu intimidad, me invade. Entonces fluyo.

80 /120



un solsticio de carros y cohetes yo no he podido saber 80/120
y tú ¿qué hay del tiempo? ¡ah! solitario es el que bebe del manantial
de los colores que otros no ven ¿por qué yo? ¿por qué no? sí si no
me lo dices no lo veo en estos momentos no se sabe lo que pasará
da miedo ¿da miedo? no lo sé vamos a compartir un mail un sol y un
barquito la pelota que rebota qué le pasa a la pelota ¡está bien yo no
sé! el jardín de mi casa es alegre como una barquilla de chocolate
notas marginales al pie de un cerro en el pozo la vida es fría y siempre
desnuda en mi corazón el fin el comienzo en fin hola adiós ok voy
subiendo

La Pandilla Maldolor



Al salir de clase Leo me llamó para que pillara su moto, una 250 Enduro. Me dijo que fuéramos a dar una vuelta y yo acepté. Salíamos del colegio cuando Elio y Samy nos alcanzaron en la trial que su mamá le devolvió: ¿Para dónde van, pajúos? -gritó Elio que iba de parrillero-. Leo les hizo señas de que nos siguieran.

Saliendo de la ciudad llegamos a un edificio abandonado en plena construcción y, rodeándolo, estacionamos junto a un depósito de materiales. ¿Y qué -preguntó Samy cuando desmontamos-, qué vamos a hacer en esta vaina? Yo no respondí pues también me estaba haciendo la misma pregunta, así que miré a Leo, quien se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia el edificio. Yo lo seguí, y también mis dos compañeros de sección.

Subimos hasta el tercer piso a través de andamios y rampas que fuimos disponiendo e improvisando con tablas y otros materiales de desecho. Recordé que de niño mi hermano mayor y yo hacíamos cosas parecidas, pero no tan arriesgadas, pues esta vez Elio y Leo estuvieron a punto de caer un par de veces.

Luego de pasar el susto terminamos arribando a nuestro objetivo y, sentados sobre cajas que parecían estar allí para ese fin, Leo habló con solemnidad: Bienvenidos, caballeros de la Pandilla Maldolor. Entonces se levantó de su asiento, fue hacia un montón de chatarra que se hallaba en una esquina y luego de buscar entre cabillas, latas de zinc y bolsas de cemento vacías, regresó con un tubo de hierro labrado, de un metro de largo más o menos.

Samy y Elio se miraban entre sí y echaban miradas furtivas a Leo que permanecía solemne. Yo continué en silencio, sin saber si se trataba de una broma, y no obstante algo me decía que la cosa era en serio, que me hallaba a punto de ser iniciado en algún misterio.

Leo se volvió a sentar y empuñó el tubo, ceremonioso, golpeó el piso tres veces con aquel bastón y afirmó con vehemencia que nadie se iría del lugar hasta que no confesáramos todo. Que lo que tenía en sus manos era un báculo, que el que lo tuviera adquiriría el poder y la obligación de decir la verdad.

Soy adoptado -dijo mientras dirigía su mirada a las nuestras que lo vieron con sorpresa, mientras disimuladamente dejaba el báculo a un lado-, pero debo agradecer que nunca me lo ocultaron. Sofía y Alberto, mis padres adoptivos, me trajeron de Cúcuta, mi madre biológica era una puta. Marico -dijo entonces Elio en tono triste y compasivo-, ¿en serio? Pero Leo no aguantó la risa y se carcajeó mientras decía: Si serán güevones, si vieran la cara que tienen... y siguió riéndose mientras su cuerpo sufría espasmos incontrolables. Samy también rio, no así Elio quién reprendió al amigo diciendo: ¡Güevón del coño, anda a mamar! Yo no dije nada, aguardaba, pues presentía que lo de Leo no era más que una antesala, un divertimento con un fin planeado.

Leo recobró su gravedad, retomó el báculo y dijo en seguida: Esto es precisamente lo que no vamos a hacer aquí hoy, hermanos, es decir, no nos vamos a caer a coba mientras fingimos que nos decimos la verdad, no hace falta una historia trágica para sufrir, o una depinga para tripear. Lo que los invito a hacer hoy es lo más arrecho que alguien pueda hacer, la mayoría de las personas que conozco no son capaces de intentarlo siquiera, y si ustedes no se consideran capaces se pueden ir, nadie los obliga a permanecer aquí. En ese instante calló.

Entonces yo dije que debía decirnos primero de qué se trataba la vaina para que pudiéramos decidir si nos quedábamos o no. Los compañeros asintieron. Bueno -repuso Leo-, creo que ya lo dije, vamos a decir nuestra verdad, el secreto más doloroso que guardemos.

Yo tomé el báculo de sus manos y afirmé: Ok, me quedo. Se lo pasé a Samy quien también aceptó quedarse. Luego lo tomó Elio, admitió el reto y se dirigió a nuestro anfiteatro diciendo: Bueno, ya que tú inventaste la vaina empieza tú. Y le lanzó el tubo de la verdad.

¡Sí va! -exclamó Leo después de atajar el báculo en el aire-, y echándose hacia atrás como tomando impulso se dispuso a hablar.

Arranca Leo

Leo dijo: Maté a un tipo. ¡Anda a mamar! -intervino Elio mientras se levantaba- yo me voy pal coño, este güevón va a seguir con el chaborreo-. Pero Leo no se rio esta vez, por el contrario, su seriedad era total, y creo que hacía un gran esfuerzo para no llorar. Es en serio, brother -afirmó el amigo con voz agarrotada-, no te vayas Elio, por favor, de pana, no sabes lo que me cuesta decir esto, siéntate.

Elio se sentó entonces, buscando adivinar la intención de Leo en su mirada, quien siguió diciendo: Fue hace más de un año, cuando vivía en Caracas, le había tumbado el carro al viejo y andaba con un ataque de ira: yo sufro de eso, dicen que es una enfermedad. Bajaba por la Cota Mil a todo lo que daba la máquina cuando sentí un impacto arrechísimo, había chocado con algo, el carro se coleó y de vaina no me doy con la isla. Me costó burda retomar el control del volante. Pensé que había atropellado un animal, no sé, estaba muy oscuro y me fui por un segundo: en mi cabeza peleaba con un tipo e imaginaba que lo mataba, le daba coñazos y patadas, luego le caía a plomo.

Como pude salí del carro, el capó quedó hecho mierda, y cuando fui a ver allí estaba el tipo, destrozado -Leo hizo una pausa, se secó unas gotas de sudor de la frente y continuó-, era un indigente... un ser humano, un tipo, como tú o como yo -el pana no miraba a nadie, miraba al piso, me pareció que ahora se hablaba a sí mismo-, como cualquiera, un ser humano, un hombre... le tomé el pulso pero ya se había ido.

Y lo peor, si hay algo peor, fue que huí, no di la cara, me volví a montar en el carro, comencé a imaginar qué iba a decir cuando en la casa me preguntaran por el coñazo, acordé conmigo mismo que le había dado a un burro y que piré antes de que aparecieran los pacos. Yo pensaba que esto era lo que iba a contar, pero al mismo tiempo me lo decía a mí mismo como si fuera la verdad. No podía aceptar lo que me estaba pasando.

Al carro se le jodió el radiador, así que de vaina pude llegar a la casa. Estacioné en el garaje y entré.

Vi unas pepas que mi tía había dejado en la sala y me las metí en el bolsillo, tomé una botella de whisky del bar del pure, un frasco de jarabe para la tos del closet de las medicinas y me fui al cuarto. Pensé en mi muerte y esa idea me calmó, era una especie de consuelo saber que en mis manos estaba no volver a despertarme.

Entré al cuarto. La escena del arroyamiento se repetía una y otra vez en mi cabeza sin que yo pudiera detenerla. Escuchaba el golpe seco del impacto, el ruido del capó cuando se hundía, el chillido de los cauchos, y como un saco de auyamas que se resquebrajaban en el asfalto tras de mí. Me senté frente al escritorio, llevé mis manos a los oídos y apreté hasta que no aguanté el dolor. Pero no podía dejar de escuchar la realidad. ¡Su grito era pavoroso!

Saqué las pastillas de la caja, las vacié una a una en el cenicero, serví un vaso lleno de whisky y le quité la tapa al frasco de jarabe. En ese instante vi un sobre abierto en el escritorio. Lo tomé, no tenía nada dentro, y yo lo sabía, antes de salir rumbo a la Cota había leído y quemado su contenido.

Evoqué alguna de las frases de la carta. Vi el rostro hermoso de Valentina cuando hacíamos el amor, nuestras frecuentes caminatas al Ávila, la noche que antecedió a su partida al Sur: su llanto, los juramentos de lealtad, su piel afiebrada y el sabor agridulce en sus labios, mi intuición de que su sexo palparía por un extraño que la aguardaba en el Uruguay. "No sabes el dolor que me causa darte esta noticia, mas prefiero ser honesta contigo y así dispongas de tu vida." "Alberto... Ingeniero... perdón... amor a primera vista... (nuevamente perdón)... pero no te olvidaré... no lo pude evitar... siempre serás mi Leo... ya no nos veremos... perdón... perdón... perdón" ...

Te perdono -dije en ese instante con voz ahogada-, y sentí que la perdonaba. Entonces vi con dolor y culpa qué absurdos habían sido mis celos y mi ira, qué absurdas sus palabras de arrepentimiento, qué absurda mi pasión por ella, qué absurda su caída. Yo había matado a un indigente cuando a quien quería matar era a su amante, y ahora me parecía tan paradójico todo, la vida, la muerte, el amor, tan absurdo el suicidio, tan falso. Y sin embargo todo tan sincrónico, tan perfectamente dispuesto por alguien que no era yo. Yo tan nada, yo tan mínima cantidad de nada, yo tan poco, tan poquito.

Tomé las pepas, el licor y el jarabe y los boté en la poceta. Regresé a mi cuarto y me eché en la cama boca a arriba, con los brazos extendidos miré al cielo y rogué perdón. Luego pregunté: ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres decirme? Y volví a pedir perdón. Al rato quedé dormido empapado en mi llanto.

Al otro día me despertó la pure. Yo me sentía ligero. Mas el recuerdo no tardó mucho en abofetearme. Recordé mi crimen. Ella estaba toda preocupada, había visto el carro y quería asegurarse de que yo estuviera bien. Su mirada era de angustia. ¿Qué pasó? -dijo expectante-, dime, hijo, ¿qué pasó? Yo recordé el cuento del burro que había planificado y comencé a decir: Anoche iba por la Cota cuando un hombre salió de un monte, su rostro era de desesperación, pero cuando vio que yo venía pirao se le apaciguó el semblante, cerró los ojos y se lanzó frente al carro. Lo maté. Era un pobre indigente, mamá. La vieja y yo nos abrazamos y ella echó a llorar.

En ese momento recordé que eso mismo, exactamente eso, era lo que había sucedido, era la verdad, también recordé que lo había sabido en sueño.

Después vino un año de tribunales, matraca, familiares falsos reclamando plata, reprimendas farisaicas de funcionarios corruptos. Entonces decidí mudarme aquí.

Al instante Leo se llevó las manos a la cabeza y gimió. ¡Panás, no saben lo que siento cuando veo un indigente!

Yo, que estaba a su lado, lo abracé entonces, también Samy, que estaba a su izquierda. Elio dijo turbado: Hermano, no sé qué decirte.

Samy al bate

Entonces le tocó el turno a Samy, que había tomado el báculo del coraje como el big league que es.

Bueno panitas, mi secreto no es un secreto, pero yo hasta hace poquito me di cuenta. Ustedes no saben desde cuándo fumo, ni que desde hace un tiempo me meto otras vainas –el pana miró entonces al piso, sacudió su cuerpo con escalofrío y dijo luego de un momento-:

Yo no me sentía bien en séptimo. Hasta sexto la vaina fue un tripeo, yo no tenía que ser el chamo pilas y tal. Uno jugaba futbol, metras, básquet, whatever, y si estaba full de tareas o lo que sea le bajaba dos y ya, no había peo, cero presión. Pero en séptimo no, qué va, empezando por las chamas, las mismas que uno nada que ver en primaria después había que cuadrarlas, inventar una para darse los besos, y que si peluches y chocolates y toda esa mariquera. Yo no era así, pana, no sabía, no servía, no quería. Yo no sé. Yo quería era llegar de una y que todo fluyera. Pero los culitos ahí todas mojoneadas con la TV y las series gringas, qué va. No me sentía bien. Entonces una jevita me dijo que no fuera bruto porque yo me le fui de una a besarla. Yo no dije un coño, yo estaba babeado por ella... y así... A ustedes les perecerá una mariquera todo esto pero yo soy así, pana, yo no soy como tú, Leo, pilas; o como Elio, un duro y tal; o como tú, Alejandro, todo hipster. ¡Pana!, no puede ser, güevón, creo que soy un marico emo, pero ni siquiera un emo de verdad, sino un poser de mierda. Whatever. Pero no fueron solo las chamitas, era un bajón por todo, todo me ladillaba, todo me sabía a mierda. Y los profesores, en primaria uno tenía un solo profe y como fuera uno se la llevaba con el tipo, pero después eran un coñazo de profesores ahí. Había una rata que me dio clase como tres veces y nunca se aprendió mi nombre. Bueno, un día un chamo de cuarto me invitó en el parque de la urbanización, andaba con otros de tercero y unos culitos de un liceo. Qué arrecho, yo me sentí depinga porque los güevones me invitaban, me sentí grande, comprendido, el pana me dijo que me iba a sentir burda de bien, que

iba a olvidar todos mis peos. Y fumé. Pero yo no me sentí bien. Y no me atreví a decir un coño porque a la final me sentía depinga con ellos, de repente todo era distinto, tenía panas, y las jevitas no andaban con cuentos, me lancé de one con una y me paró. Mala mía, bro... Después le fui agarrando gusto a la vaina, y bueno, daba caché ser un tipo malo, en el colegio empezaron a tratarme con respeto, qué ladilla, ahora Samuel era un chamo bien, porque la movía y se la pasaba con malandros y toda esa paja.

Samy entonces hizo una pausa, yo estaba frente a él, vio a mi izquierda desenfocando la mirada, como precisando recuerdos, luego dijo mientras observaba el piso: A principio del año pasado empecé a quemar piedras, y hace más de un año que me pincho.

Es la peor mierda que me ha pasado. No se imaginan las vainas que me han tocado hacer para conseguir la droga cuando no tengo billete. El que no sabe cree que la vaina es puro tripeo. Pero no es sólo eso. Yo a veces veo a los chamitos que están empezando a darse y recuerdo lo güevón que fui. Y no es por mal culo yo ahora, el año pasado apenas me vacilé una rave de tres días, ¡arrechísima! Pero si yo hubiera sabido a todo lo que me iba obligar esta mierda... y el mono tan arrecho que viene después de un tiempo de estarte dando y querer parar... ¡Pana!... es horrible, cualquier vaina que vean en películas o les cuenten no es ni parecido a lo intenso que es ¡Qué rudo! Y después que pasa el mono se siente como si el mundo fuera un desierto, nada tiene sentido, una depre arrechísima, es como si la vida hubiera dejado de pronto de palpar, como si el viento se parara, se abre dentro de ti un vacío horrible que te traga, es un desierto, pana, sí, es eso, y una culpa por todo lo que se hizo -Samy volvió a hacer silencio, su cuerpo temblaba-. Panitas, yo... tuve que... me... ¡Dale Samy, suéltalo -intervino Leo entonces-, no te lo tragues pana! Yo tuve que hacer -siguió diciendo Samy en un hilo de voz- vainas, que no tienen que ver conmigo. Las hacía con asco, pero la crisis era tan arrecha, tan arrecha, que esa mierda era preferible a aguantar las ganas de meterme una chuta o unas piedras, no me podía controlar. Era como si no supiera lo que estaba haciendo, era una orden que me empujaba de coñazo a hacer lo que fuera para conseguir la droga. Después me enjugaba la boca como mil veces y odiaba a los malditos degenerados que me pagaban para que se los chupara, me odiaba a mí mismo. Pero luego volvía a caer en la miseria, así una y otra vez...

Los últimos seis meses de mi vida han sido el propio Infierno. ¡Mierda, por fin puedo soltar este peo!

Yo no sé si muera de esta mierda, a mí me parece que es imposible dejar de consumir para siempre, pero lo quiero intentar. La semana que viene piro pa San Antonio de Los Altos, a una comunidad terapéutica.

La noticia del pana causó conmoción en los miembros de la Pandilla. Yo pegué un brinco y lo abracé. Después lo hizo Leo, y Elio, quien lo besó en la frente y le dijo: Yo sabía que mi pana era un varón.

Dispara Elio

El tercer turno fue el de Elio. El pana tomó el báculo, lo dispuso entre sus manos como si fuera un arma de fuego, lo montó en sus rodillas y se acomodó para disparar:

Fuera e coba que si alguien cuenta algo de lo que voy a decir aquí le doy chuleta -dijo Elio amedrentando, con una mirada que acuchillaba, luego agregó- yo no sé por qué me metí en este peo, pajúo yo, pero no los voy a mojonear, así que de pana, pilas, cayetano.

Todos hacíamos silencio -Elio continuó-. Desde que era burda de chamo yo quería pegarme todo lo que fuera hembra y se moviera, y pilas, tampoco se rían -nadie se rio, pero al menos yo tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme, él siguió diciendo-: a las primas, a las vecinas; las grandes y las de mi edad, hasta a una morrocoya que había en la casa se lo quise meter -yo comencé entonces a pensar en otra cosa, pues estaba que soltaba la carcajada y de verdad que Elio es loco, él siguió hablando-, pero no pude, no sabía cuál era el culo y cuál era la cabeza. Yo era un carajito, no sabía de nada, lo único que sabía era que lo quería meter, pero no sabía cómo.

No voy a contar detalles porque pa qué. Voy a seguir cuando tenía trece años y mi tío me llevó a un burdel. ¡Pana!, ese fue mi día. Por primera vez estaba frente a una mujer de verdad, y estaba buenísima, era una caliche "de lo más divina" -Elio había dicho esta última frase imitando el acento de las colombianas, se rio entonces, y observándonos hizo una seña para animarnos a hacer lo mismo, pero todos habíamos tomado muy en serio sus demandas, de modo que no nos reímos en absoluto, él carraspeó y siguió diciendo-: Todavía recuerdo cuando se quitó el vestido y los sostenes, jeso eran tetas!, ¡y blanquitas!, los pezones rosaditos. Después se empezó a bajar el hilo, yo lo recuerdo en cámara lenta, desde que vi la marca que le dejaba la liga en la cintura, pasando por el cambio en el color de la piel, luego la aparición de los primeros pelitos, hasta que quedó toda desnuda.

“Y usted qué, pelao, ¿vino puro a mirar?”. Me dijo la pana. Yo me quité la ropa cuando escuché la vaina y me le fui encima. Y apenas le estaba metiendo el palo cuando acabé.

¡Qué mal!, gúevón. Pero la tipa era burda de bien y me dijo que no me preocupara, que a todos les pasaba igual la primera vez, que le mamara las tetas si quería. Yo me puse a mamarle las tetas y se me volvió a parar. La pana se rio y dijo entonces que me iba a regalar uno. Se lo volví a meter y esta vez aguanté un pelo más.

Y me acostumbré a la vaina de estar yendo a los burdeles. Para mí eso era vida. Mi vida. Marico, iba todas las semanas, no me pelaba un viernes sin ir. Y así fui aprendiendo mi oficio. ¡Epa, rata –gritó Elio dirigiéndose a mí– cuándo te llevo donde las muchachas! Yo sonreí pero no dije nada. El pana siguió hablando: Y la verdad es que, no es por nada, pero me hice un duro: las putas me enseñaron a tirar, y además me daban consejos de cómo tratar a las mujeres y lo que les gustaba y lo manipuladoras que eran y toda esa vaina, y yo un pelao apenas.

Después, cuando empecé a tener novia, en noveno, dejé los burdeles. Y yo todo rey con las jevitas, el rey de las jevitas. Pero no me había enamorado hasta ahora. De Elisa es la primera de la que me enamoro. Y aquí viene la vaina. ¡Mosca, mosca!... Elio miró hacia abajo, a mí me pareció que se detenía a observar un montón de avispas muertas que estaban a su izquierda, cerró los ojos y testimonió en un susurro: La pana me dejó. –Hubo entonces un largo silencio–. Al fin él continuó sin poder todavía mirarnos de frente: Estoy acabado, esto para mí es la muerte. Todo me hace recordarla, cualquier mariquera, la chapa de un refresco que tomamos juntos, los points a los que íbamos, su sonrisa en mi cabeza, la chama me gusta tanto, yo la quiero tanto, que no puedo soportar estar sin ella, lloro cuando la recuerdo, que es todo el tiempo. –Yo quedé boquiabierto, recordé la seguridad de Elio cuando contaba sus intimidades con Elisa, recordé también lo arrecho que parecía en estos asuntos. Él siguió hablando como si advirtiera mis pensamientos–. Y no me ha quedado otra que seguir tirándomela de arrecho para tapar la vaina conmigo mismo. ¡A la puta! Esto para mí es una vaina muy arrecha. No puedo entender a dónde se fueron todas las palabras de amor que me dijo, ¿o era pura cotorra? Mi vida sin Elisa es nada. ¿Por qué a mí, pana? Por ella decidí ser fiel, tener una sola, hasta me daba vaina con las otras jevitas que se pusieron tristes cuando les dije que ya no las podía ver, dejé hasta de salir con mis amigas; o sea, yo, Elio, diciéndole a las panas que nada de nada,

que ni un café. ¡No joda! Pero lo que más dolor me da es que yo le pregunté siempre si estaba saliendo con otro hombre y ella me decía que no, se arrechaba cuando se lo preguntaba, una vez hasta lloró, y yo como un toche pidiéndole perdón después. ¿O sea que te dejó por otro tipo? -preguntó Leo-. No -respondió Elio-, eso es lo más arrecho, que la caraja supo mentir muy bien. Vacié, cómo así -inquirió Leo de nuevo- ¿te mintió o no te mintió?, ¿salía con otro tipo o no?, cómo es la vaina. No me mintió, pues no salía con otro tipo. Pero sí me montaba cacho, pero con una tipa.

Todos hicimos un silencio tremendo entonces. Elio siguió con su testimonio:

Tengo una mezcla de arrechera y tristeza horrible, panitas, ¿cómo se le puede pasar lo que sentía por mí y enamorarse de una mujer? Y el colmo es que cuando lo descubrí la pana me culpó a mí de la vaina. Me dijo que si yo no hubiera sido tan rudo ella no se hubiera enamorado de alguien que la trataba con delicadeza. O sea que además de triste y arrecho, también me siento culpable.

Bueno, pana -dije yo después de un momento en el que nadie habló-, esto hay que verlo bien, con cuidado, claro que no es tu culpa que a Elisa le gusten las mujeres. Velo de este modo, el hecho de que ella te haya montado cachos, ¿sería motivo para que a ti ahora te gusten los hombres? ¿Qué te pasa güevón?, de bolas que no -respondió Elio recobrando su talante viril-, la marica es ella. Por eso te digo- agregué yo-, culparte a ti es un cuento de la chama para no asumir su peo. A mí me parece que sólo te queda una opción: olvidarla y seguir con tu vida. Tu peo no es falta de mujeres, búscate otra, sácate el clavo, anda a rumbear, qué se yo... Pero ahí está la vaina -replicó Elio-, es que no me nace, y la vaina me preocupa pues yo no soy así, yo soy una rata, y esta carajita me supo chaborriar, y bien chimbo. ¡Qué feo, chamo!

Agradece que no fue peor, bro, -intervino Samy-, la chama te peinó con laca. Y tú no sabes si ella es lesbiana a la final, de repente sólo está experimentando, esa es la moda. Y además eso es peo de cada quien. Pero tú debes seguirle dando, como dice Alejandro, tú eres un duro, chamo, búscate otro culito.

Leo entonces se acercó, abrazó al pana y lo miró solidariamente.

Elio no agregó más.

Mi turno al báculo

Llegó el momento de mi turno al báculo, así que lo tomé entre mis manos.

Yo tenía secretos, quién no los tiene, pero lo que más me dolía no tenía que ver con sucesos exteriores, a mí no me habían pasado cosas como las que hacían sufrir a mis amigos, no existía nada en mi biografía que me torturara de verdad.

Sin embargo había algo que me angustiaba, que abría un hueco en mi ser, mi tragedia, pero yo mismo no lo tenía muy claro. Y además, no era un secreto, no en el sentido de querer ocultarlo. Compartí estos pensamientos con la Pandilla.

Ellos me animaron a seguir, diciendo que no importaba de qué se tratara mientras yo considerara que fuera importante y central en mi vida. Un peso que te cueste cargar -dijo Samy-, que te quieras quitar de encima. Y esta frase me hizo continuar.

A veces me siento tan ajeno al mundo que me duele burda - entonces miré a Samy y expresé-: De repente y el emo soy yo -los panas rieron, pero yo me sentía mal, así que tuve que hacer un esfuerzo para seguir-. Hace unos meses bajaba por el Centro, en la bici, sentía un hueco en mi pecho y una tristeza arrechísima. Entonces vi unos tipos que bebían en una licorería y estaban todos eufóricos celebrando un gol de la Vinotinto (veían el juego por TV). Y pana, tuve este pensamiento: Ojalá y yo pudiera ser como un idiota de esos, que no se dan cuenta de un coño, que creen que de verdad lo que hacen tiene algún sentido, que el enigma de la vida se resuelve siendo fanático de un equipo. Ojalá y yo pudiera creer que bebiendo voy a cambiar mi peo. Ojalá y yo pudiera decir: "ganamos", o "perdimos", "metimos un gol", creyendo en serio que yo soy parte del juego. Pero fue inútil, ni siquiera sabía contra quién "jugábamos". Yo no me puedo vestir de rojo, ni de azul, pensando que con eso va a cambiar la verdad.

Estas cosas me pasan a menudo, y sé que soy un soberbio de mierda. Samy, tú dijiste ahora que yo era un hipster, a veces me gustaría que fuera verdad, ser un hipster, o un neo hippie, o un metalero, o lo que sea, así por lo menos tendría la ilusión de pertenecer a algo, pero yo sé que no es así. Y lo he intentado, he tratado de engañarme identificándome con ideas, posturas, con doctrinas, pero la vaina no dura mucho.

Yo me siento muy apartado de todo, panitas, veo que la gente hace las vainas y ya, no se están preguntando por el sentido de lo que hacen. Ejercen un rol y listo, se creen el personaje. Pero yo no me lo creo. No quiero ser un personaje. Como me pasa cuando una chama me gusta burda. No puedo actuar. Me vuelvo torpe, todo mariquito, se me sale la baba... y no entiendo por qué haya que actuar... por qué fingir tanto, por qué somos tan idiotas, ¿a quién queremos convencer?, ¿por qué hacemos cualquier vaina para ser alguien que no somos? Si estoy enamorado de una chama, ¿por qué debo fingir indiferencia?, en serio que no entiendo; si me siento vulnerable, ¿por qué debo fingir fortaleza? ¿Ah? Cuando estaba chamo yo sabía quién era yo, así que simplemente era, sin teatro, pero ya no, y no puedo retroceder, ni quiero, pero tampoco puedo avanzar, ¡no quiero!, no quiero ser parte de este hipócrita mundo que se autodestruye mientras reza por la paz. Entonces me pongo rebelde, cuestiono todo, soy irreverente. Y ahí son las chamas las que se babea: "¡Chamo!, sí eres interesante." Pero yo sé que no es así, que no es verdad, que lo mío es una defensa para no verme como un güevón, como alguien que no sabe cómo ser él mismo, y le faltan bolas para asumir su peo, alguien que no sabe qué quiere hacer, alguien que no quiere ser alguien, que no, que no quiere hacer nada que sienta falso. ¡Pana!, es una vaina horrible en el pecho, y una culpa, un maltrapeo.

Y entonces vuelven las preguntas: ¿quién soy yo?, ¿qué hago aquí?, ¿para dónde agarro?, ¿qué es la realidad?, ¿cuál es la verdad?

Yo no sé qué le pasa al ser humano. ¿O será a mí nada más? De repente y estoy frito, y el mundo está bien así como es, puede ser, en serio, por qué no, de pronto y todo el peo es que yo no encajo, pero les juro, panitas, que así no quiero encajar.

A veces quisiera conocer a alguien que sintiera lo mismo que yo, que me dijera: "tranquilo, sé de qué hablas, yo pasé por lo mismo, y está bien pensar así, no estás loco, ¡unámonos!" Pero nadie aparece.

No sé si lo que digo tenga algún sentido para ustedes, yo siento que la humanidad perdió el camino, pero yo no sé cuál es el camino verdadero, y ese es el rollo a la final, porque, ¿qué pasaría si me doy cuenta de que detrás de todo eso que a mí me parece una ilusión no hay nada real? ¿Y si esta vaina es todo? ¿Y si yo no soy más que el güevón que creo ser? ¿Y si de verdad nada tuviera sentido? ¿Cómo podría seguir viviendo? -entonces sentí que me hundía en mi dolor, en lo que me hacía sufrir de verdad, y tuve miedo-.

Leo intervino: Tranquilo Alejandro, sé de qué hablas, yo paso por lo mismo, y está bien pensar así, no estás loco -comprendí que él repetía mis palabras, luego añadió-, debes tener fe en ti. ¡Vamos, continúa!

Bueno -dije yo mientras sujetaba el báculo del arrojo con ímpetu-, ¿y si sí hay algo verdadero pero yo no soy capaz de alcanzarlo?

¿Y si lo que estoy es mojoneado por lecturas y güevonadas?, ¿y si mi empeño en no representar un papel es otro papel, el peor de todos, el menos digno, el más falso?

Yo no tenía más nada qué decir, mi testimonio había finalizado. Quedé en silencio. Quizá no haya nada definitivo, pero en ese momento me sentía en una región más legítima que ninguna otra que conociera, un poquito menos lejos de mi verdad y tranquilo, digno de la Pandilla, como en casa. Y era real. Para mí fue suficiente.

Leo se paró entonces y se sentó a mi lado, me abrazó y dijo a mi oído: Hay que ir a un lugar en el que hay puros locos como nosotros. Ya te avisaré.

Samy se acercó también, me revolvió el cabello. Ya encontrarás lo que buscas, no te preocupes -dijo- y regresó a su asiento.

Yo buscaba a Elio con la mirada cuando él se adelantó: Chamo, ¡de bolas que estás loco y eres un güevón! -y se cagó de la risa-.

Yo también lo hice, y los otros miembros de Maldolor, entendiendo que era lo mejor que podíamos hacer por el momento: reírnos de nosotros mismos. No quedaba de otra.

Al salir del colegio vi dos perros atacando a un cachorro



Les caí a piedra, les grité, hice el paro de írmeles encima pero nada, siguieron jodiéndolo. Entonces agarré un palo del piso, les menté la madre y los atacé con decisión. Esta vez se alejaron. Tomé al perrito ensangrentado y al tratar de limpiarlo con el pañuelo vi que se le había desgarrado el lomo. Le dije al profesor de Biología -que pasaba en ese momento- que lo lleváramos a Orca (algo de protección a los animales), pero el tipo respondió que no tenía tiempo, que lo echara pal monte, que los perros callejeros son muy resistentes y que se curan solos. ¡Qué bolas! Un profesor, y de Biología, diciendo esa cagada. Entonces le pedí ayuda a varios compañeros que iban con sus padres pero ninguno tenía tiempo. No sabía qué hacer, no podía llevarlo a casa herido, el animalito seguía temblando, lloraba, juro que me miraba rogando auxilio. En un momento recordé que siendo yo un chamín cargué varios animales heridos a casa y exigí socorro "¡Ah! La niñez, la hierba, la lluvia, el lago sobre las piedras, el claro de luna cuando el campanario daba las doce...".

En eso un carro se detuvo, una compañera se bajó y al ver al perrito exclamó: ¡Cónchale, vamos al veterinario! Se trataba de Irene y su mamá.

Arrojo



¿Por qué ir siempre por el mismo camino? ¿Por qué no ir al Cuzco por un camino que pase antes por Mongolia?, ¿al Tíbet tocando antes Barbados?, ¿a la Luna deteniéndose un pelo en la atmósfera de Júpiter? Cuando un adulto cambia de dirección lo hace siempre por un fin práctico: ahorrar tiempo, estar más cómodo, adquirir algo, pero nunca lo hace porque quiere. La gente tiene miedo de lo que sienten, de lo que son, por eso hacen lo que hacen todos. Yo también siento miedo, pero no me importa. El temor no me detiene.

Hoyo



Aunque mis palabras no te lo digan, te amo, ¿no lo sentiste cuando te besé?, ¿o cuándo bailábamos en el Hoyo?, ¿no te lo dicen acaso mis ojos?, ¿lo estúpido que parezco cuando estás a mi lado?

Fidelidad



Mi abuelo cumplió 80 años. Ayer domingo hubo una reunión en su casa, sólo hijos nietos y bisnietos. Yo no quería ir, pero me decidí a último momento y asistí: amo a ese viejo. Todos mis primos y primas, de 2 a 25 años, estaban allí, también mi hermana y mis dos hermanos. Mis cuatro tíos se encargaron de la parrilla, y mi tía de atendernos a todos. Mi abuelo es un hombre muy notable en los negocios, pero no sólo eso, no conozco a nadie más con tantos cambios en su vida, hizo de todo antes de dedicarse a su negocio capital: los libros. Fue aviador, músico, barbero, mecánico, yerbatero, marino, actor, carpintero, jardinero... Pero además supo qué hacer con el dinero, viajó mucho y lejos para aprender idiomas, construyó un velero con sus propias manos, posee una avioneta que hasta hace poco piloteaba él mismo, se convirtió en el mecenas de inventores, poetas y artistas por los que nadie daba un bolívar, y dicen que ahora financia proyectos agrícolas alternativos. Desde hace un año escribe una novela.

El viejo es de esos capitalinos que hablan en argot de los años setenta. De él escuché por primera vez palabras como chamo, burda, caballo (en frases como: "No, caballo, eso no es conmigo."), llave (amigo), pana, brother, muna (dinero), yanta (arepa), piñata (piña), piedra (reloj), pures (padres), panadería (pana). Tan distinto a mi padre, que es todo un académico. Saludo más común del abuelo: ¿Qué talco, chamo?

Lo vi llamarme de su estudio con picardía, mirando a los lados para asegurarse de que nadie nos estuviera viendo. Yo entré y él cerró la puerta.

Siéntate, chamo -me dijo-, y mira -continuó-, ¿cómo está la cosa con los pures? Me suele ocurrir hablando con él que lo siento más joven que mi padre, que mis tíos, como de mi edad; pero también percibo que él lo vive así.

Bueno, abuelo, ahí, tú sabes cómo es -le respondí-. Sí, vale -dijo él- yo sé, pero dímelo tú. Cónchale -agregué yo- cabilla, ellos empeñados en hacer de mí algo que yo no soy, y yo empeñado en ser yo mismo.

El abuelo achicó los ojos y me prendió con ellos, eso es algo que le he observado hacer muchas veces, desde que era yo muy niño, y cada vez me siento igual, como si yo estuviera mintiendo, pero no siento culpa, sino el reto de decir la verdad.

Yo continué: Bueno, eso es lo que siento. Él entonces dijo sin dejar de mirarme de ese modo tan suyo: Te lo voy a decir como yo lo veo y tú me dirás si estoy tostao, ellos empeñados en hacer de mí algo que yo no soy, y yo empeñado en hacer de mí algo que yo no sé.

Esta vez, como siempre, el abuelo tenía razón, así que se lo hice saber y el soltó la carcajada. Luego dijo: Tú sabes que yo hablo claro, pero lo que te voy a decir es un pelo complejo, de modo que si se enreda el pabito me lo dices y yo cojo pausa- yo asentí y el continuó-. Un pure no ve las cosas igual que un chamo, o mejor dicho, un chamo no ve las cosas igual que un pure -en ese instante lo interrumpí con una seña, y el preguntó-: ¿qué, tan pronto se enredó el papagayo? -Yo sonreí y pregunté a mi vez- ¿Qué diferencia hay? -entonces él continuó-. Esta es la diferencia: Un adulto fue en algún momento adolescente, de modo que su visión podría ser más completa, podría, aunque no siempre es así; pero el adolescente no ha sido aún adulto, de modo que su visión de las cosas es más limitada, digo limitada en el sentido de que no posee la visión del adulto, ¿comprendes? -dije que sí-. Ok -agregó él-, y aquí comienza todo el rollo, para ti es imposible saber lo que sienten tus pures, aunque ellos sí podrían saber lo que tú sientes, es más, como padres están obligados a saberlo, o como padres no, más bien como gente que te ama, pues eso no se puede poner en duda, tus pures te aman -él me miró esperando mi asentimiento, pero yo no dije ni hice nada que reflejara que estaba de acuerdo con él, el abuelo sin embargo siguió hablando-. Pues bien, tienes razón en no ceder ante las demandas de tus viejos, las demandas que tú crees que te llevan a hacer vainas que no tienen que ver contigo, de modo que tu camino esté abierto a las cosas que sí te atañen, ahora bien, la pregunta es la siguiente: ¿sabes tú qué es lo que quieres hacer?

Yo iba a responder por reacción, iba a decir que no, que yo no sabía qué quería hacer, pero que si yo no lo sabía menos lo iban a saber ellos. Pero la actitud del abuelo no me lo permitió. Él se había recostado en su butaca, su rostro había ganado poder, parecía decirme con su actitud que no hiciera lo que estaba a punto de hacer, que la pregunta era en serio, que con él no servían esos juegos, que no perdiera tiempo en peleitas. Entonces callé.

Muy bien -dijo él entonces-, no lo sabes, o mejor dicho, la loca no lo sabe (y se agarró la cabeza), pero hay algo en ti que sí (y se llevó la palma de su mano abierta al corazón). Tu reto consiste ahora en descubrirlo, y no es vaina fácil, al contrario, es una de las más difíciles -en ese instante lo interrumpí-. Yo no sé qué quiero hacer abuelo -dije con toda seguridad-, pero sí sé qué quiero ser, quiero serme fiel. El abuelo volvió a achicar los ojos, pero esta vez no había picardía en ellos, esta vez no me prendieron, sus ojos parecían buscar en mí, como quien trata de reconocer un rostro olvidado, algo remoto, querían saber si yo hablaba de eso que él sabía.

Continúa, dijo él con seriedad -yo proseguí-. No sé muy bien de qué hablo, pues esto es algo que cuando trato de poner en palabras pierde vigor, es más una certeza, algo que sé, y en lo que no pienso, pero es algo que no he inventado, es real, más real que cualquier otra cosa que yo pueda nombrar. Siento, abuelo -y aquí lo miré con confianza, con ojos que rogaban comprensión-, siento que si no me soy fiel habré perdido mi oportunidad de vivir. Pero ves, si hablo de esto ya no es como lo siento, parte de serme fiel quizá sea callar. Y me sumí en un pesado silencio triste, como si me hubiera traicionado hablando.

Él también hacía silencio, pero de otro modo, en su mirada ahora fulgía cierto júbilo, parecía recordar cosas, su rostro se apaciguó por completo, me pareció ver en él los años jóvenes que ya lo habían abandonado, detrás de sus arrugas parecía habitar otro hombre. Un movimiento involuntario en sus labios anunciaba una tristeza que no obstante pronto se ahogó. Su cabellera blanca, su envejecido cuerpo, fue habitado entonces por un ánimo potente.

Chamo -dijo él súbitamente-, sé de qué hablas. El abuelo me miró entonces de un modo que nunca lo había hecho nadie: como un ser humano que ve a otro, sin edades de por medio, sin roles que cumplir, llanamente, con respeto, como creo que deben mirarse los hombres, abiertamente.

Cuando cantábamos cumpleaños, apretujados bajo el techo de la parrillera para salvarnos de la lluvia, alegres, sentí por un instante ese hecho que se esconde tras las palabras, que juega a las escondidas, eso que todos, en el fondo, buscamos, también mis padres. Pero no osaré nombrarlo. En realidad no existen palabras para hacerlo.

Cartoon



No es mi culpa si no te puedo tratar como tú quisieras, no puedo actuar, ser más pilas, contigo no puedo, contigo no quiero. Ya Elio me lo advirtió: "Pendiente con T. J. o te va a cortar", me irás a cortar, pero no puedo ser otro. ¿Por qué no entiendes que yo no quiero un cartoon del amor para ti ni para mí? "He visto al amor, / al mundo y al hombre, / puestos en un estante / y un estúpido elegante, / va gritando: ¿quién da más?"

Me hiere, me aburre, me cansa el mundo y sus disfraces, prefiero cualquier cosa a este paraíso virtual.

Corte



T. J. me cortó por Facebook: cambió su estatus y publicó que no fuera a la fiesta porque no me quería ver. Sentí una pedrada en el pecho. Sentí que me tumbaban de la bici a millón. Sentí abrirse un precipicio. Sentí miedo. Sentí vértigo. Me sentí caer.

¿Por qué no me lo dijo en persona? ¿Por qué me vacila de esa forma? ¿Cómo puede hacer algo así? Es como si no la conociera.

Skrillex



Cuando llegué a la fiesta T. J. bailaba dubstep, toda equis. Nuestras miradas se encontraron y en ese momento mi corazón cayó en picada, como un papagayo roto, aniquilado. Un chamo dijo que debía irme, yo no le paré y seguí hacia la pista, sonaba Skrillex. Comenzaron a gritarme, no sé qué decían, yo callaba, me abrí paso y llegué hasta ella, al instante me atacaron, sentí mis manos como piedras durísimas pero no peleé. Me dieron, primero uno, luego dos, luego muchos, yo no me defendí de ellos ni de la ruda indiferencia de T. J. ¡Qué duro!

Un güevón me etiquetó en el video de la pelea y lo publicó en mi muro. Yo lo eliminé.

I wish you were here



Estoy ganando fama de toche en el colegio. Los compañeros me chalequean, no entienden por qué no me defendí, no entienden que no quiera vengarme ("And did they get you to trade your heros for ghosts?"), y la verdad, tampoco yo lo entiendo.

"So, so you think you can tell / heaven from hell, / blue skys from pain / can you tell a green field / from a cold steel rail? / a smile from a veil? / do you think you can tell?"

¿Cuál es tu juego?, ¿para quién actúas? Habías dicho que me amabas y ahora te comportas como si no me conocieras, como si cualquiera pudiera ser más digno de tu corazón que yo.

"... hot ashes for trees? / hot air for a cool breeze? / cold comfort for change? / and did you exchange / a walk on part in the war / for a lead role in a cage?"

A quién expresar esta conmoción, cómo. La gente de todos los días, las palabras de todos los días, están cansadas.

"...what have we found? / the same old fears."

Siento un vacío aterrador en mi pecho...

"I wish you were here"...

Muerte



Cuando estoy triste todo pierde sentido. Soy tomado por pensamientos oscuros, pierdo interés hasta por las cosas que más me gustan: no quiero leer, salir a la montaña, montar bicicleta, tripear con los panas, joder en la noche. No quiero bañarme, ni comer, nada me importa. Cuando estoy triste me siento abrumadoramente solo, ajeno a toda alegría, sediento de algo que no conozco.

Con razón los adultos le temen al amor, con razón se endurecen. La vida es una gran conmoción: encuentro y separación, nacimiento y muerte. En poco menos de una semana mi corazón ha perdido a dos seres que ama, ¿por qué los ha perdido? Hoy caminé las calles que solía pasear de niño con el abuelo pero él ya no está. Tomé café en la mesa del bar en que besé por primera vez a T. J. y sólo respiré su ausencia. La mesa, las calles, siguen ahí, donde antes, pero en mí ya no vive aquello que las hacía fulgir. La muerte desnuda, vacía, destrona: "Estamos solos sobre el corazón de la Tierra, atravesados por un rayo de sol, y de súbito anochece." ¡Abuelo!

Mensaje



Si te encontrara como perdido en una calle
dentro de un libro o en la orilla del río

Si te encontrara
en medio de la confusión
cuando todos se persiguen
en las súbitas caídas
o en el dolor del desarraigo

si te encontrara

Si te encontrara en mí mismo
cuando desespero

si te encontrara

Si te encontrara

en la incertidumbre de las cien voces
que claman por tener razón

Si te encontrara

Si te encontrara

Funeral y amor



Mi tío me contó que en las últimas doce horas de vida, el abuelo se fue endulzando a fuego lento hasta el punto de la ternura infantil. El final de esa forma que en este plano se llamó Alejandro -continuó mi tío- consistió en una sencilla, serena y natural expiración. Le pregunté cómo fueron esos últimos momentos y dos palabras brotaron espontáneas de su ser: amor y dolor. Dolor y amor sagrados -dijo- como sagrado es nacer y morir.

El funeral fue una honda y sincera despedida. Ahí tuve la oportunidad de observar cómo veían otros a mi abuelo.

El tío Alejandro fue guía y sostén de más de una docena de sobrinos que testimoniaron cómo lo que son ahora se lo deben en buena medida a su orientación y soporte. El comerciante y el amigo se confundieron en uno pues muchos de sus mejores clientes terminaron siendo sus panas. Uno de sus más queridos camaradas, conteniendo el llanto y con reciedumbre, agradeció haber encontrado en su camino al hermano que lo llevó a conocerse hasta la medida más alta de su propio ser. El aventurero fue homenajeado por un grupo que reconoció en Alejandro uno de los defensores primeros y más aguerridos de la libertad. El Sr. Alejandro fue visitado por campesinos y vecinos pobres, por amigos de sus hijos, ex empleados, músicos, poetas... el jazz, que tanto lo entusiasmara en vida, lo despidió también. Yo, en nombre de los que no tienen nombre en la fila de los grupos, empresas y parentescos familiares (y que siempre estuvieron presentes en vida del abuelo), leí entre sollozos uno de sus poemas preferidos: el fragmento 7 de "Canto a mí mismo" de Whitman.

Lucía



Estando en casa de Irene su mamá preguntó qué me pasaba. Tengo los ojos morados, la boca rota, un brazo vendado, es evidente que me coñacearon -pensé-, pero no dije nada. Y no me refiero a los golpes que te dieron, no a los del cuerpo -continuó diciendo ella como si hubiera adivinado mis pensamientos-, sino a la otra herida -y entonces me miró francamente-. Su mirada era cálida, inspiraba confianza, sin embargo no me arriesgué a hablar. Lucía no se dio por vencida y prosiguió: Uno necesita hablar, decir lo que siente, saber que se puede confiar en alguien, que no se está solo. El tono de su voz era conmovedor, quise llorar pero no lo hice, me sentía raro, como si algo en mi pecho se ablandara de pronto y dejara pasar las palabras hasta el centro mismo del corazón. Irene se ausentó con la excusa de preparar té. Yo me fui. Pero ya en la calle, solo, eché a llorar.

Equis



Fui a ver a T. J. a su colegio, a la hora de salida. Y no porque quisiera arreglar las cosas, pues ni pendiente, sentía era la necesidad de aliviar este dolor, decirle a ella todo lo que me estaba pasando, de que ella me dijera lo que tuviera que decir. La vi salir al estacionamiento con sus amigas, venía riendo, parecía muy alegre ¿Cómo es posible -pensé- que yo muera mientras ella está toda equis? Al verme su rostro cambió de inmediato, miró a los lados buscando un sitio por donde pirar pero no había, de modo que siguió caminando hacia mí, lentamente, dijo algo a sus amiguitas y éstas volvieron a entrar al colegio. Yo me aproximé.

Ninguno de los dos habló, luego de verla supe que ya no era necesario decir nada, a fin de cuentas, ¿qué podía decirle yo? Ella estaba ahí, linda como siempre, mas por dentro algo faltaba. O ¿siempre fue así, pero yo no lo había notado?, ¿lo había olvidado? ¿Su indiferencia era en realidad miedo, tristeza, precariedad? ¿Ella no huía de mí, lo hacía de sí misma, de lo que no se atrevía a sentir? En todo caso no era su culpa, esa es la norma, para esto se nos educa, ¡pero si es alumna de un colegio de monjas!

Jorgito



Un fuerte dolor de muela me hizo ir al odontólogo, o mejor dicho, el fuerte dolor que me causa la emergencia de una muela del juicio. Me abrieron la encía, serrucharon la muela del hueso y la extrajeron. El Dr. me dijo que fuera a la sala de espera y aguardara a que la auxiliar me llevara el récipe. Otro paciente entró.

Un chamo de unos 12 años, que había visto antes en el colegio, esperaba su turno, pálido, no sé si por el dolor o el miedo, o por ambos.

Me entregaron el récipe. Yo me levanté para irme y fui seguido por una mirada persistente que rogaba auxilio, ¿qué podía hacer yo? Pero regresé y me senté a su lado, también yo temía a los odontólogos, también yo sabía lo qué era el dolor, también yo había tenido 12 años y me sentía solo. Puse mi mano en su hombro y haciendo un gran esfuerzo para hablar dije que me quedaría con él.

Sol



Despertará el Sol esta y cada vez que los témpanos lo cautiven
cada vez y ésta en que el invierno arrecie
el Sol renacerá

CMS



Cuando salí hoy de clase Jorgito me estaba esperando, quería presentarme a su novia, una niña muy linda, se llama Alma. La chama es burda de despierta, me dijo de lo más tranquila que tenía una hermana que empezaba a estudiar Medicina, que si quería me la cuadraba, que era muy bella.

Algunos de sus compañeros los miraban raro, con asombro: es una norma que los de séptimo no hablan sino entre ellos mismos -pues nadie más les dirige la palabra-, que los de cuarto caribbean a los de noveno, éstos a los de octavo, y que los de quinto son los intocables, los que están por salir de la cana y que por eso todos los envidian y todos los temen. CMS: Colegio Monseñor Salas, para padres y representantes; CMS: Cárcel de Máxima Seguridad, para estudiantes.

Yo me puse a chalequear a los chamitos, les dije que dejaran el abuso, que si no se habían dado cuenta de que yo era de quinto, y entonces noté que ahora mis compañeros eran los que miraban feo: los de quinto no pueden hablar a los de séptimo salvo que sean hermanos, y eso de vaina.

De repente Alma tomó a Jorge de la mano y le dijo: Me vinieron a buscar, ven, te doy la cola -y luego, dirigiéndose a mí agregó- ven tú también, ahí está mi hermana, voy a presentártela.

Yo quedé loco, la vaina era en serio. Y es verdad, Ángela es bellísima ¡Qué!

Cuadre



No sé si bellísima sea el término, ya estando con ella uno se da cuenta de que su cuerpo es una amplificación de lo bello, de modo que sería más justo decir que Ángela está súper buenísima. XD, quedé sin palabras cuando la vi en la piscina. ¡Guao!, ese cuerpo no es de chama, todo el mundo se la buceaba, hasta las jevas, y se suponía que yo era su acompañante. ¡Pana!, y lo más sorprendente es que la chama me paró, de verdad que tiene que ser un ángel, ¡si hasta nos dimos los besos!

Antes de yo irme, me preguntó qué era lo que más me gustaba de ella, a mí me pareció un poco arrogante la pregunta, pues daba por sentado que algo me gustaba. Aunque, pensándolo bien, no fue arrogancia, fue sinceridad, pues era evidente que yo estaba todo babeado. Le respondí, con una temeridad insólita en mí: Tu hermoso cuerpo, tus nalgas -y plagié a Breton- de lomos de cisnes y tus senos de palomas en fuga horizontal. Ella pareció asombrarse, abrió los ojos con exageración y luego rio complacida. Y de mí qué te gusta -pregunté yo- si te gusta algo. Ella dijo que sí, que en efecto le gustaban varias cosas, que le gustaba mi "rareza" (y enfatizó esta palabra explicando que yo parecía un bichito raro), mi piercing, y mi tatuaje en el hombro. ¿A quién se le ocurre tatuarse ese muñequito? -agregó-, y se echó a reír como una niña mimada. Gracias -le dije cuando nos despedimos-, y ella respondió: ¿Gracias?, las que hacen los monos.

No sé si nos volvamos a ver, somos muy distintos, creo que nuestro tiempo fue perfecto: una tarde. Pero todavía mi cuerpo celebra el contacto cálido de su cuerpo, ¡pero qué digo!, eso es poco, mis funciones biológicas de perpetuación de la especie se erigen vehementes, se agitan excitadas, cantan, ¡explotan!, aclaman la química y la piel. Naturaleza: ¡bendita seas!

Aventura en bicicleta



Leo llegó el sábado tempranito a casa en bicicleta, llevaba las alforjas puestas en la parrilla y tenía cara de inspirado. Superamos ya la primera década del siglo XXI y al tipo no se le ocurre enviar un wp o un mensaje de texto, llega así, de sorpresa, como si no existieran satélites.

Me asomé por la ventana y le hice señas de que entrara. No seas güevón –gritó él– saca la bici y vamos a darle. Sentí una corriente eléctrica que desde más abajo del estómago me subía al pecho, profundizaba hasta la espalda y ascendía a la coronilla. Es una sensación que desde muy chamo percibo cuando se aproxima algo extraordinario: que llegaba el Niño Jesús, que me pierdo en la montaña, que me quedo varado en mitad de la noche, que unos perros se me vienen, que una chama me gusta. Es un estremecimiento nervioso y primitivo, se me engrifa la piel. Es una vibración endocrina y animal, como si me inyectaran full adrenalina. Es una vivencia emocional básica, en mí aumentan el arrojito, un miedo pilas y hambre de riesgo. Me cambié de ropa, metí unas cuantas cosas en el morral, y le di.

Cuando salimos a la avenida tomamos la vía de Los Uvitos. ¿Para dónde vamos Leo? – pregunté–. Para El Resguardo –me dijo–, mañana venimos. Pero hay otra cosa que siento después de esos momentos, o resiento, y es que tengo padres a los cuales dar cuenta de lo que hago. Cuando pensaba en esto caí en cuenta de que había dejado el celular. Un mensaje ahí, pana, debo avisar –dije a Leo nuevamente– pero el tipo se echó a reír mientras respondía –no, pana, dejé el pote en la casa–. Yo no le paré mucho y seguimos dándole conviniendo conmigo mismo en llamar cuando encontráramos un teléfono en la vía.

Al llegar a Los Uvitos, después de dos horas y pico de estar pedaleando, recordé que no había llamado, dije entonces al pana que nos detuviéramos y así lo hicimos. Pero no había tarjeteros ni celulares de alquiler. En ese momento se me quiso enchavar la fiesta, imaginé que llegaba la noche y los viejos se preocupaban, los veía llamando al

hospital, a la policía, a la morgue. Pero me di cuenta de que exageraba, lo más sensato era pensar que ellos me habían visto salir con Leo y al notar que no llegábamos llamaran a sus padres, éstos, con toda seguridad, les informarían de nuestra ruta.

Arrancamos nuevamente. ¡Coño, si es verdad que el marico Leo vive solo! -pensé cuando empezaba a pedalear-.

De inmediato puse la atención en el camino, la ruta bajo los cínnaros; el moho, las hojas, y las piedras en el pavimento; avisté el horizonte, los potreros, los gansos, las vacas, las casas de barro y el humo de sus fogones; al instante fui otra vez arisco y agresivo.

Permacultura

El Resguardo es una comunidad permacultural, según ha investigado Leo. Él me ha contado de ella, a ambos nos interesan las sociedades alternativas. Decidimos visitarla hacía tiempo para ver de cerca la manera distinta en que viven estas personas, pero no lo habíamos hecho, si no es de esta forma improvisada quizá nunca hubiéramos arrancado.

Mientras pedaleábamos, recordé lo que dice Mollison de la permacultura: es un arte y una ciencia que diseña ecosistemas en que el humano forma parte integral. Es una variación de la agroecología, pero en aquella el hombre diseña, ubica los ambientes, y la naturaleza hace la mayor parte del trabajo. El sistema, es lo ideal, genera alimento para todas sus partes, que tienen sentido en la relación que establecen entre ellas más que en sí mismas. Nada se pierde, los desechos de una parte sirven de alimento para otras. Pero también es una filosofía de vida sumamente interesante y sencilla: se trata de crear una cultura permanente y autosustentable cuyo fundamento económico es el bienestar de todos sus miembros.

Llegamos a El Resguardo como a las dos de la tarde, mamaísimos y muertos de hambre. Algo en Leo se complace con los extremos del cansancio, el hambre, el frío y el peligro. Durante todo el camino no quiso que nos detuviéramos, y aunque yo sabía que él llevaba comida en las alforjas, no dije nada aunque mi agotamiento era total. A él le gusta jugar a la sobrevivencia, y esto es algo que a mí también me atrae. Entre los dos se plantea en circunstancias como ésta una competencia amistosa, pero ninguno cede. Nos detuvimos junto a la finca que veníamos rastreando, abrimos el portón y bajamos en las bicicletas.

El Resguardo

Al llegar a la primera casa que hallamos fuimos recibidos por una pareja, de esas que uno está acostumbrado a llamar hippies. Nos preguntaron quiénes éramos y qué buscábamos. La mujer usaba el cabello suelto y lo tenía larguísimo, estaba embarazada, agradable a la vista sin ser bonita. Le respondimos que acabábamos de llegar de la ciudad. Entonces nos mandaron a pasar y nos ofrecieron de beber y de comer.

Como en *La odisea*, una vez saciamos la sed y el hambre, nos interrogaron con sumo cuidado y excelentes modales, bueno, la mujer, porque el tipo no hablaba. Preguntó qué nos traía por aquí. Qué hacíamos en la ciudad. Cuántos años teníamos. Y otras preguntas que ahora no recuerdo.

La cocina era una nota, estaba hecha de barro, creo que de tapia, al igual que el resto de la casa, y el fogón era de leña, pero no como los que yo había visto antes, éste poseía en la parte superior una gruesa plancha de metal que no dejaba salir el fuego sino por los orificios que eran destapados con ese fin, de modo que la llama surgía como en las cocinas de gas pero con mucho más vigor. Esto hacía además que las paredes de la cocina no se ahumaran, y en efecto, éstas eran, una anaranjada, otra verde, otra ocre, y una color tierra clara. El techo, por dentro, de carruzo, y el piso de madera.

Dijimos que desde hacía tiempo queríamos visitar la comunidad El Resguardo. Que nos interesaba la permacultura pero que nunca habíamos visto un sistema funcionando en vivo. Después agregamos que éramos estudiantes de quinto año de bachillerato, que yo tenía 17 años y Leo 18.

El pana, de barba espesa, el cabello recogido en un grueso moño, fumaba pipa mientras nos miraba sin mucho convencimiento, en sus ojos había un aire que imponía distancia, como si nuestro mundo, muy distinto al suyo, no permitiera una verdadera comunicación.

Entonces Leo dijo: A mí me gusta el campo, la sobrevivencia y el teatro -la frase quedó en el aire, como pidiendo ser completada. El rostro del tipo y su compañera ganaban cierto interés cuando Leo prosiguió-. El campo no sé por qué me gusta, es una atracción que siento desde niño, quisiera aprender a hacer las cosas que hacen los campesinos: sembrar, ordeñar, montar a caballo, pero no como diversión, creo que son cosas de suma importancia para el ser humano, las cosas fundamentales, a veces imagino que se acaba el petróleo y sólo sobreviven los que saben hacer estas cosas. Lo de la sobrevivencia es por lo mismo, creo que un hombre se prueba en la adversidad. Y aunque parezca raro creo que el teatro tiene que ver con todo esto, pero no como arte en sí, sino como medio de expresión, yo la verdad no lo tengo muy claro, pero siento que el teatro puede ser un medio para la sobrevivencia emocional. Por ejemplo, pongamos que yo le tengo arrechera a este man que está aquí -y me señaló- no es que sea así, es sólo un ejemplo, yo amo a este tipo, es mi hermano, bueno, y que tenga ganas de matarlo, si existiera un teatro como el que yo imagino puedo actuar esa arrechera, ¿ven?, la actúo, no me la trago, pero tampoco la realizo. Y los dos sobrevivimos, yo de Canadá y el de la Pelona.

La pareja rio amistosamente y mientras aplaudían a Leo que hacía una cómica reverencia, la pana exclamó: ¡muy bien! Luego dirigiéndose a mí preguntó: ¿Y a ti qué te gusta?, ¿qué quieres ser? Yo respondí de inmediato, sin buscar una respuesta: Quiero serme fiel, quiero ser yo mismo.

Ella dejó escapar un suspiro, él en cambio me miró directamente a los ojos, el ceño arrugado, buscando averiguar la intención de mi respuesta. Por fin habló, con voz grave: Así que también te gusta lo elemental y lo difícil. Bueno, bienvenidos a El Resguardo.

Utopía en torno al fuego

Esa noche nos invitaron al Shabono, una gran choza circular y sin paredes en la que se reúne la comunidad los sábados. Esta vez la ocasión coincidió con nuestra visita y se nos dio la bienvenida. Unas cuarenta personas de todas las edades, incluyendo niños y ancianos, se sentaron sobre alfombras bellamente tejidas y rodearon una límpida fogata central. Néstor, el pana que nos recibió en su casa, preguntó si alguien quería presidir. Entonces un hombre mayor, de cabello entrecano y tejido en una larga trenza, de mirada lúcida y tronco erguido, habló de este modo:

Los poetas de la Generación Beat recorrieron los Estados Unidos en trenes de carga mientras, acompañados de guitarras y armónicas, interpretaban canciones de Bob Dylan. Los hippies refrescarían luego el panorama sociocultural de los años sesenta y setenta actualizando las poderosas ideas de Thoreau. A ellos se debe la expansión del ecologismo y la masificación de la desobediencia civil en Occidente. También fueron responsables de que las filosofías orientales permearan la conciencia de miles de jóvenes de la época. Por medio del yoga, prácticas diversas de meditación y el uso del LSD, pusieron a disposición de la gente la posibilidad de experimentar estados expansivos de conciencia. Practicaron el anarquismo pacífico creyendo que no hacían falta muchas cosas para vivir. Gracias a los hippies las mujeres y los hombres de entonces tuvieron la posibilidad de asumir la sexualidad sin tabúes, pudieron vestir como quisieron, dedicarse a cualquier oficio sin discriminación de género. Se manifestaron a través del arte en general, y señalaron el camino que recorrería gran parte de la música de hoy. No se le hizo verdadera justicia a este movimiento humano, pues gracias a su existencia fue posible concebir muchas de las más nobles empresas que cualquier época haya soñado: igualdad de derechos humanos, protección animal, desarme, no discriminación, reformas en el sistema educativo, y otras más. Los hippies llevaron a cabo una gran cruzada social que, al tiempo de actualizar ideas capitales de culturas antiguas, vaticinó otras que apenas hoy comenzamos a comprender.

Sin embargo, cuando el movimiento se hizo fuerte y amenazó los intereses bélicos y económicos de los Estados Unidos, el gobierno legalizó el LSD y la CIA produjo grandes cantidades de ácido lisérgico en sus laboratorios que infiltraron masivamente. La libertad sexual decayó en promiscuidad, la frugalidad sucumbió en indigencia, la expansión de la conciencia se hizo adicción a psicoactivos y neurosis religiosa.

El final de los hippies fue paradójico, querían cambiar el mundo a través del anarquismo pacífico y el gobierno les echó "El cuento del Gallo pelón". Los desmanteló sin disparar una sola arma de fuego.

Aquí en Resguardo nos empeñamos en cumplir el ideal supremo y cardinal que dio origen al movimiento hippie: dialéctica laboriosa entre libertad individual y vida comunitaria. Pero no somos hippies. No queremos cambiar el mundo, buscamos sólo que el mundo no nos cambie a nosotros. No fomentamos ningún tipo de búsqueda religiosa, sexual, artística, económica, social o política. Tampoco consumimos drogas. Fomentamos sí la búsqueda de la individuación al tiempo que sugerimos la asistencia a los asuntos todos de la comunidad. No tenemos jefes, sino servidores de confianza, éstos coordinan las actividades en las diversas áreas que desarrollamos hasta que la conciencia de la comuna, que somos todos, decide que deben ser reemplazados. Por otra parte, todos participamos en todas las tareas y en algún momento cada uno decide servir.

También viajamos, como los antiguos camaradas. Hace diez años partió nuestro Circo de Maíz y ahora se encuentra en Argentina. El circo realiza arte trashumante: música, poesía, títeres, teatro, danza y arte circense propiamente dicho. Pero no hacemos proselitismo de ningún tipo, más que propagar ideas buscamos atraer hermanos. Con el ejemplo mostramos el arte de vivir que hemos venido hallando en estos veintiún años de vida comunitaria en armonía con la Naturaleza.

El único requisito para formar parte es el anhelo de ser uno mismo, de ser uno, de ser; y de ir compartiendo los posibles hallazgos con los que comienzan a intentar la vida esencial.

Dos personas nos visitan hoy por primera vez, y no es casualidad, nada lo es. Si alguno de ellos, o ambos, se sienten llamados a formar parte, con solo levantar la mano se harán miembros. Si no se sienten seguros de tomar esta decisión tan importante hoy, pueden seguir visitándonos y hacerlo en su momento.

El hombre calló. Observé que nadie nos miraba directamente y sin embargo toda la atención estaba puesta en nosotros. La fogata refulgía con un brillo que a mí se me hacía cada vez más acogedor. No me sentí incómodo pues no había apremio. Quise imaginar cómo sería vivir en El Resguardo, pero en vez de eso me vi llegar a una fiesta antes de tiempo, cuando los anfitriones aún no se han vestido para la ocasión, mientras todavía se ponen manteles sobre las mesas y los músicos afinan sus instrumentos.

Sabía que Leo y yo no estábamos en este amable lugar sólo de visita. ¿Cómo íbamos a estar sólo de visita? Me habían dejado profundamente conmovido estos desconocidos, se me hacían incluso más cercanos que las personas con las que había vivido hasta ahora. El gesto de solidaridad que mostraban, no sé por qué, me produjo ganas de llorar. Me hallaba muy sorprendido por mis sentimientos, en mí se mezclaba extrañamente la alegría y la tristeza. Era como saber al fin que un lugar así me correspondía y saber también que no era mi momento. Entonces miré a Leo -buscando apoyo, afinidad- en el instante en que él, devolviéndome la mirada, levantó la mano.

Libre albedrío

“Libre albedrío”, que frase refulgente y dolorosa ahora. No somos como los animales, protegidos del instinto, o como las plantas, hijas del cielo. Nada nos ampara.

Estamos aquí en la Tierra, solos, dando por sentado que lo que tenemos lo tendremos siempre. Dando por sentado que tenemos. Dando por sentado.

Hicimos un viaje ida y vuelta el amigo y yo, pero sólo uno regresará. Me pregunto: ¿Quién regresa?

Si yo viviera bajo el agua Leo aprendería a respirar con agallas, si él se fuera al país del fuego yo aprendería a caminar sobre brazas. Que los animales tengan su instinto, que las plantas sigan viviendo bajo el cielo. La amistad es nuestro resguardo. Hasta pronto hermano, regresaré.

La alegría del amigo es mi alegría, su hallazgo es mi hallazgo. Mañana continúo. Esta noche quiero llorar.

Meditación extrema

A medida que yo bajaba, salía a despedirse la gente de la comunidad, entre ellos Leo.

Mi visión tenía delante el camino, yo marcaba la ruta con firmeza, salvando impedimentos con algaradas sólidas, bordeando el camino con precisos volantazos.

En rutas extremas el descenso en bicicleta exige absoluto cuidado. Danza milimétrica entre la presión de frenos delantero y posterior, firmeza de muñecas, pericia y arresto en la disposición de las piernas, baquía en la forma de ladear el tronco y la cabeza, ánimo valiente y una intuición pilas, de colibrí.

De un lado yo entreveía descender a saltos las fincas de la falda, del otro la montaña corcoveaba con furia. Lo que más amo de la bicicleta es el descenso, ninguna otra cosa que haya hecho reclama tanto mi presencia, en caminos de riesgo la vida depende de la atención, los pensamientos se ausentan, se diluye el tiempo; sólo están la bici, el cuerpo, el camino y una vigilancia total. Todo uno.

Si uno pudiera vivir así a cada instante.

Psicoterapia



Fui a ver a Irene, hablamos bastante. La chama es lectora, cree que la educación no nos enseña a descubrir qué sentido tiene la vida para uno, sino que impone un sentido, que en realidad es un sin sentido, igual para todos, y que éste se fundamenta en la adquisición de los conocimientos que la sociedad necesita para sostenerse ¡Qué tal la pana! La diferencia entre ambos está en que a mí esto me da arrechera y a ella no. Mientras hablábamos y relacionábamos el tema con la literatura: Hesse, Rimbaud, Huxley, Rilke..., llegó Lucía. No me había pasado antes que sintiera familiaridad con adultos normales, tuve confianza y hablé con franqueza, ella, en vez de reprochar mis argumentos, decía cosas bien: "Cualquier persona sensitiva haría lo mismo", "no te sientas mal por pensar de ese modo, al contrario, persiste en ello." Su actitud me pareció honesta, se podía sentir, podía verse que no era para hacerse la suave con los amigos de su hija, pues estas vainas se notan, ¿o será que sabe meter la coba? Y no es que fuera tan de pinga tampoco, en varias oportunidades dejó saber que estaba en desacuerdo, o se tranzaba diciendo cosas como: "La rabia puede ser un motor, pero una vez en marcha hay que apagarlo", o, "Tenemos los padres que nos tocaba tener, en la medida en que realizamos nuestro camino la frustración que tomamos por rabia se disipa." Yo no estuve en total acuerdo con ella, pero convine sí en que era bueno ver el asunto desde otro ángulo. Luego nos invitó al cine, pero al momento de salir a la calle hizo el paro de haber recordado que debía esperar una visita. Nos llevó casi empujados hasta la parada y luego regresó. Vi a Irene de soslayo y pude sentir que le había dado pena.

Vocación II



Al término "orientación vocacional" se lo ha sesgado. El sentido que se le da tiene que ver sólo con las carreras universitarias. Se da por sentado que el que pide orientación quiere estudiar en la universidad, pero, ¿es siempre así? Si a alguien le gustan las estrellas se le recomienda estudiar física para que luego se especialice en astronomía. El que dice estar interesado por los animales se le manda a estudiar veterinaria. Si es amante de las palabras, letras. Piedras, geología. Naturaleza, biología, etc.

Si "vocación" es "llamado", orientación vocacional es guiar hacia ese llamado. Ahora bien, ¿es condición del llamado la profesión universitaria? El diletante de las estrellas puede querer ser eso, y no un astrónomo. Al que le gustan los animales puede no estar interesado en su fisiopatología. Ese que ama las palabras quizá quiera ser poeta, y no crítico literario, ni lingüista. El seducido por las piedras puede no gustarle su taxonomía, sino sus cualidades estéticas. "Naturaleza" abarca un campo semántico tan amplio que no puede deducirse que la vocación por ella es sólo descripción científico-biológica.

¿Y si uno siente afinidad por varias cosas a la vez?: Animales, estrellas, palabras, piedras, naturaleza... ¿es un polígamo del conocimiento?, ¿existe la polignosis?, ¿la polisofía? O ¿es obligatoria la especialización del conocimiento?

Supe de un estudioso muy notable al que le rechazaron un proyecto de investigación porque el objetivo general de su trabajo rezaba: "Conocer el Universo". El tipo es físico, ¿por qué habría de estar errado su objetivo de investigación? Es un objetivo general, ¡el objetivo general de la física! Le hubiera ido mejor siendo un filósofo presocrático, o discípulo del Buda, o hasta un hippie de los años setenta. Por lo menos no lo acusarían de generalidad, lo habrían acogido, antes bien, por poseer esta condición.

Leí que el poeta es un especialista cósmico, escuché que el poeta es un militante del cosmorrealismo, soñé que el poeta es el hombre superior, el alquimista. ¿Dónde se estudia esta carrera?

Excuse moi, mon cherie Rimbaud



Irene no es la chama que un sifrinito merezca. Estar con ella exige condiciones que ese tipo de chamos no tienen: estar descontento, profundidad, audacia, rebeldía, creatividad, madurez intelectual. Estábamos en el sofá de su casa, en silencio, cuando se lo dije, y la chamita me respondió: ¡Guao!, qué arrogante, ¿tú crees que tienes todo eso? Yo sentí que me debía justificar diciendo que no lo decía porque yo me creyera muy pilas..., cuando ella se acercó sonriente, me besó en la nariz y dijo: *Excuse moi, mon cherie Rimbaud*, ¿por qué no me agregas mejor al Face?

Presentación



Escuchar Radiohead, la pizza de Bandi, los tejidos. Los duraznos fríos, los rollos de canela, las flores del guayacán sobre la grama, subir videos de Faun. Mi nombre, su significado (Irene: la que trae la paz). Ya sabes, los abrazos fuertes (como si fuera la última vez). El Principito, ir a La Culata cuando hace mucho frío, que les caiga un palo de agua a los que van a los toros. El cielo de Cayo Sombrero en la noche, Cayo Sombrero de día, los Volkswagens, las carcajadas de Ale (mi primito) cuando le hago cosquillas, los bebés, Matrix, El Rey León. Mi cabello (enrollarlo entre los dedos), mi voz, mi letra, el olor de las papelerías, el de la canela y el sándalo, la ensalada capresa, el Mandú Çarará de Villalobos (es lo máximo). Las librerías, viajar con los panas, tener plata para salir, los Jeep, tocar violín (pero ya casi no lo hago), Calle 13, Bob Marley, el agua, que me traten bien, tener mi espacio y cuidarlo, comer en familia, el Centro de noche, caminar por la playa, los trajes de baño, bañarme en el río (normal), las cerezas. Estirarme, estar cómoda, cobijas suaves y gruesas. Llooooooraaaaa viendo Faraway, So Close!, Bergman, La insoportable levedad del Ser, las hallacas vegetarianas, la forma de las constelaciones, mis dientes, Gibrán, El mundo de Sofía, que alguien desconocido se te acerque y te sorprenda pues lo conocías, Tolkien, la miel. Ver a los ojos, Madrid, meditar a mi manera, dormir en hamaca, las sandalias de cuero, los tatuajes y las zanahorias. Los chamos informales, caminar lento, el cielo full de estrellas, reír hacia dentro, el olor de Ale en las cobijas, la honestidad: decir la verdad y que me la digan. Cocinar, la luz de las velas, Siddhartha (el restaurante), Benigni, Mozart, el viento en cada pedacito de mi piel, el desierto, salir sin planificar, escuchar y que me escuchen, bailar, defender mis ideas, las pecas, el café negro después del almuerzo, el portugués dulce del Brasil, el silencio, sentirme por dentro: algo así como saber que estoy viva, mirar los árboles desde abajo, correr...

Encanto I



Irene y yo subíamos Loma del Fuego a paso firme, cuando hice que nos detuviéramos y le pregunté por qué se había tatuado una libélula (la tiene más abajo del ombligo, en diagonal, creo que ligeramente desplazada a un lado, surgiendo del pubis). Ella me observó confundida, luego apartó la mirada y vio a su derecha. Rio y al fin dijo: Claro, olvidaba que eres un buzo. Al instante, y retomando la marcha agregó: Me encantan estos seres, desde chamita me identifico con ellas, son hadas, ¿sabes?, pero no podría explicártelo, no con palabras. Más tarde paramos en un plan a tomar agua y pillar la ciudad.

El sol abrasaba, pensé que el nombre del lugar no hubiera podido ser otro. A nuestra izquierda descendía un pequeño bosque de cactus, muy abajo y a la derecha las avenidas se veían envueltas en un lejano resol, sólo el verdor que insinuaba la cumbre brindaba fresca a la mirada.

Entonces escuché que Irene pegaba un grito, mi reacción fue halarla del brazo, creí que había pisado una culebra, pero no, su mirada estaba puesta en unas maticas que miraba entusiasmada: ¡No lo puedo creer -exclamó-, una alfombra de tréboles de cuatro hojas! Chamo, este sitio es maravilloso -tomó dos tréboles y me dio uno-. ¿Ves? -continuó-, hay cosas que no se pueden explicar, yo siempre quise encontrar un trébol de cuatro hojas, pero nunca pensé que hallaría un montón, y menos en un lugar así, había imaginado que vivían en bosques mágicos. -Luego agregó con efusividad- Alejandro, gracias por invitarme a caminar hoy.

Yo murmuré un "de nada", pues yo no había hecho nada, la verdad nunca había pillado tréboles de cuatro hojas en ese lugar, en ninguno. Por fin seguimos caminando.

Estamos llegando a La Cruz -dije cuando la vegetación comenzó a cambiar y un aire fresco tocaba mi rostro-, visitemos a un pana antes de subir Monte Frío. Irene estuvo de acuerdo.

Pasábamos la quebrada que anuncia la cabaña del panita, cuando una multitud de libélulas surgió de un pozo. Yo, que hasta el momento sólo tripeaba recordando la de Irene, que no me choco fácilmente, quedé loco: rojas, azules, transparentes, verdes, amarillas, libélulas de todos los colores y en bandada. Parecía un cuento infantil.

Pero noté que Irene no veía en dirección al desbande multicolor, su mirada estaba puesta en el pozo. Ven, acércate -dijo mientras me ofrecía una mano- ¿ves? ¿Qué? -pregunté yo luego de aproximarme-. Aquellas dos libélulas, sobre la piedra. Yo enfoqué la mirada y vi un corazón celeste que titilaba sobre una oscura roca. Hacen el amor -certificó Irene en un suspiro-, nunca lo había visto, ni en fotos, pero había escuchado que cuando se aparean, las libélulas dibujan un corazón con sus cuerpos.

Entonces el corazón añil y radiante echó a volar y se posó en nuestras manos, que sin notarlos, se habían juntado. Y usted, príncipe -exclamó Irene al tiempo que las libélulas caían a nuestros pies-, ¿por qué se tatuó al Principito?

Reflexión y celos



Irene estuvo en una relación en la que le fue mal. Siente que el chamo no la supo valorar, y que además es un mente pollo. Yo le pregunté que si no se había dado cuenta antes y respondió que sí y no. Pregunté entonces que cómo era eso y ella dijo que había tenido indicios pero que no había querido darse cuenta porque el carajo le gustaba mucho. Yo pensé que mi situación con T. J. había sido idéntica. Llegamos a la conclusión de que cuando a uno le gusta alguien físicamente, le pone atributos interiores que no tiene. Quedamos pasmados ¿Cómo es posible -preguntó ella-, que uno pueda inventar a alguien? Reflexionamos sobre el asunto: uno inventa al otro y el otro lo inventa a uno, y cuando las expectativas no se cumplen (y no se pueden cumplir, puesto que lo que uno espera no está, es falso, y lo que el otro espera tampoco está, pues es igualmente ilusorio), viene la decepción. Y después llegamos a un supuesto aún más asombroso: además de inventar al otro, uno se inventa a sí mismo. Pero hasta aquí llegamos pues nos dio ladilla seguir indagando.

Permanecemos callados durante un largo rato. Rimbaud, el perrito que Irene y yo rescatamos en el colegio, jugaba entre sus brazos. Entonces vi un libro en el sofá, a mi lado, se notaba muy usado, lo tomé y vi que se trataba de *El Principito*, lo abrí en la página que estaba marcada y le pregunté que si el subrayado era suyo. Irene asintió con rostro serio. ¿Puedo? -dije haciendo una seña que indicaba que me disponía a leer, ella, aún seria y acariciando al cachorro, dijo que estaba bien-. Y leí en voz alta:

“Es necesario que soporte dos o tres orugas si quiero conocer las mariposas -dijo la Flor al Principito- ¡Parece que su aparición es tan hermosa! Si no, ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás lejos. En cuanto a los animales grandes no temo nada. Tengo mis garras. -Y me mostró ingenuamente sus cuatro espinas-. No te detengas más, es muy molesto. Has decidido partir. Vete. -Y todo para que no la viera llorar. Era una flor tan orgullosa-.”

En ese momento le pregunté que si a ella no le pasaba que se ponía tonta cuando un chamo le gustaba burda. Me miró de un modo extraño, áspero, y luego respondió en forma de pregunta: ¿Así como te ponías tú con T. J? Y además, ¿qué tiene que ver eso con lo que acabas de leer? ¡A veces eres tan indolente! Al instante dejó libre a Rimbaud para que fuera a jugar con el gato. Me pareció ver en su actitud un resquicio de celos, ¿creería ella que a mí todavía me gustaba T. J? O ¿esperaba que yo me pusiera todo güevón con ella? O ¿estaba reaccionando como la flor del Principito? Entonces dije que estaba pensando que la mejor forma de ser novios era ser primero amigos. Ella rio con ironía. Sí eres bobo -comentó-, ¿crees que estoy celosa? ¿Por qué te molestas -pregunté a mi vez-, no podemos hablar en confianza? Sí, claro -repuso Irene mientras en su voz temblaba el enojo- para eso son los panas, ¿no?

Confieso que yo quedé loco. Irene no es así, o ¿sería que yo la estaba idealizando? Mas en cierta forma me agradaba su actitud, pues si estaba celosa era porque yo le gustaba. Entonces la tomé de la mano y le pedí que saliéramos al jardín y nos bañáramos con la lluvia. ¡Qué piernas tan hermosas las de Irene!

Encanto II



Lucía nos prestó el carro para ir a una fiesta, pero cuando bajábamos por la avenida 2 rumbo a El Encanto, nos accidentamos, menos mal que había donde parase y así lo hicimos. Pues bien, en el momento exacto de bajarnos del carro se nos acercó un tipo, -qué le pasó a la nave-, pregunta, y sin dar tiempo a respuesta alguna me ordenó que abriera el capó. Yo obedecí, no sé por qué, pero lo hice, sin malicia, nada, nada más lo hice. El hombre comenzó entonces a gritar de manera insólita hacia los edificios del frente: ¡Epa, epa, alguien que tenga un destornillador! Y de inmediato, como si estuviera planificado, salió una señora por la ventana de un apartamento y lanzó uno; el tipo lo atajó en el aire, se puso a jurungar dentro y volvió ordenar: Préndalo. Yo obedecí de nuevo, me metí en el carro, pasé el switch, y la vaina prendió. Cuando salí a agradecerle ya no estaba, le pregunté a Irene, quien había permanecido afuera todo el tiempo, qué se había hecho el pana y ella no supo qué responder, estaba muda.

¡El tipo había desaparecido ante sus ojos!, textualmente había desaparecido. Pero no sólo eso, sino que después, al no saber qué hacer con el destornillador pues había quedado sobre el techo del carro, comenzamos a gritar hacia el edificio: ¡Epa, epa!, ¿de quién es el destornillador? Pero nadie salió, por mucho que insistimos e insistimos nadie, pero nadie salió. ¡Qué loco!

Apuntes de psicología



Senda biblioteca hay en la casa de Irene: literatura, filosofía, psicología, arte; tanto occidental como oriental. Lucía me pidió trabajar en el marco teórico de la tesis (Irene está haciendo el trabajo de campo), me dio algunos libros.

Su intención era que por mí mismo yo me hiciera una idea de lo que era la psicología en general para luego abordar las bases conceptuales del trabajo de grado: Resiliencia y creatividad. Me sugirió leer sólo algunos párrafos y me señaló cuáles podían ser. Me pidió que fuera al otro día para que investigara sobre las variables de nuestra investigación. Yo me llevé los libros a casa, pero no hice caso, pasé todo el fin de semana leyendo. Me olvidé de la resiliencia y la creatividad, me olvidé de las indicaciones de la tutora, me olvidé de Irene. La madrugada del lunes hice este informe.

No es fácil dar con el origen de la psicología. Su historia es muy confusa para un nuevo como yo. También me perdería si intento dar cuenta de todas las escuelas que comporta. Pero me atrevo sí a plantear una distinción muy general: psicología académica y psicología tradicional. La primera se ubica en el campo de la ciencia y utiliza sus métodos, el método de investigación de la segunda es el conocimiento directo.

La psicología académica es occidental per se, la tradicional se conoce sobre todo en Oriente. Aquélla se estudia en las universidades, ignoro dónde se estudia la otra.

En todas estas escuelas psicológicas académicas que revisé, prevalece la idea de que el yo, y su manifestación más evidente, es decir, la personalidad, es el elemento capital de la estructura psíquica, y su cultivo la clave de la salud mental (se habla, refiriéndose a algunas psicopatologías como la esquizofrenia, de un yo débil).

Aunque hablando en un sentido muy general, las psicologías orientales parecen situarse en el polo opuesto, casi todas atribuyen al yo la causa del sufrimiento humano, y al cese de éste, el final del sufrimiento. Para éstas el yo sería una suerte de entidad mental encargada de distinguir y separar la realidad.

La psicología académica cultiva el yo, la tradicional lo observa. Aquélla habla de autoafirmación, autoestima, autopoiesis; ésta de meditación, yoga, mantras.

En la psicología occidental se estiman las personalidades estructuradas, en la oriental la desestructuración de la personalidad.

No es casual que Occidente y el Oriente tradicional hayan tomado rumbos contrarios, el primero hacia el despliegue externo del conocimiento, el segundo hacia el conocimiento interior del individuo.

Encanto III



Creo que me gusta mi amiga. ¿Será? Y, ¿de verdad fueron celos lo que percibí en ella? Anoche soñé con ese día. Salíamos al jardín de su casa, tal como lo hiciéramos entonces, pero en vez de Irene subirse la falda un poco para jugar con la lluvia, se la quitaba, y también la blusa. Yo me sentí embelesado, Irene daba vueltas con los brazos extendidos y cantaba absorta, como si nadie la estuviera observando; libre, como si no hubiera mundo; desnuda, sin reprocharse nada. Luego se acercó para susurrarme: Danzo para ti, amor, y por ti canto, para ti mi desnudez, pero tú no lo sabes. En ese momento desperté.

Sofía y Psiquis



A Lucía le pareció que yo iba a hacer lo que hice, es decir, que iba a seguir de largo con las lecturas. Le gustó el resumen que realicé pero aseguró que debía precisar algunas ideas y conceptos. Me advirtió que tuviera paciencia, que no me desmandara, que había tiempo para estudiar.

Yo le pregunté por la filosofía, Irene buscó un diccionario de griego y trabajamos con dos etimologías de esa palabra: *Philos sophia* (amor a la sabiduría) y *Philei sophon* (acordar, afinar). Yo preferí esta última. Luego la tutora insistió en que la Psicología y la Filosofía, ambas en un sentido vital, eran hermanas -yo imaginé a Sofía y Psiquis como dos chicas bellas caminando juntas y riendo por un jardín policromático-. Que la confusión estaba entre las filosofías y las psicologías -entonces vi a una multitud de adolescentes de diversas épocas y regiones, atractivas unas, otras más bien feas, las demás puramente simplonas, que deambulaban perdidas en urbes sin memoria.

Como siempre que le pregunto por algo que ella nota que me interesa, me da un poco de libros y me manda a poner por escrito mis comprensiones.

Filosofía



La filosofía interroga para descubrir, pone en duda aquello que va descubriendo, sacude las convenciones en las que se fundamentan todo conocimiento.

Se puede afirmar que las preguntas de la filosofía han sido siempre las mismas, preguntas que no hallan respuesta, que no sea de forma histórica, pues su razón de ser no es responder, sino inquirir.

Cuál es el origen del hombre y del universo, su sentido, son preguntas fundamentales de la filosofía. Interrogantes que han sido asumidas y respondidas actualmente por la ciencia, pero sólo desde un enfoque descriptivo. La filosofía es la más audaz de las maneras de preguntar que tiene el hombre.

Filósofo es aquel que se asombra ante todo lo que ocurre y lo que no ocurre, quien se pregunta por las cosas que los demás dan por sentadas: ¿Quién soy yo?, ¿qué es la muerte?, ¿qué hay antes?, ¿qué después?...

Quizá lo más parecido a un filósofo que exista sea el niño.

Café Teens



Hay un sitio nuevo en la ciudad, y muy cerca del colegio: Café Teens. Elio y yo fuimos esta tarde. Al llegar nos llamaron de la barra, chamos de nuestra sección, entre ellos Irene. Todos hablaban, echaban vaina, pero algunos se quejaban de los profesores, otros parecían obsesionados con el trabajo de grado, otros más andaban arrechos porque no vendían cerveza. Pedimos café.

¿Qué es el amor? Mi respiración era profunda, elongada, como un suspiro hondo y constante. Yo conversaba con cualquiera, pero mi atención estaba puesta en Irene, y estaba seguro de que a ella le pasaba igual. Un aire cálido, enfático, recorría mi pecho; una firmeza tras el pantalón emergía ¿Qué es el sexo? Era un momento espléndido, y aunque yo no estuviera pendiente de lo que se hablaba, reía, pues me regocijaba el instante, ese minuto en el que Irene estaba allí.

Me acerqué impulsivamente a ella y ella, sorprendida, retrocedió un pelo. Entonces le sonreí ampliamente, con ternura, y nos abrazamos.

Las sensaciones que yo sentía aumentaron de intensidad, como si les dieran volumen. Se hicieron más diáfnas, como si las enfocara mejor. A ninguno de los dos nos importó el silencio que nuestro abrazo causó en los compañeros, tampoco el chalequeo que surgió de inmediato, ni siquiera la amonestación del mesonero con su carraspear impertinente.

Nos quedamos así un rato, abrazados, acariciando cada uno la espalda del otro, felices, excitados, naciendo a un espacio nuevo, una nueva realidad.

Luego nos separamos, Irene debía irse, y lo hizo de una forma que antes no había sentido en ella, dijo chao, como siempre, pero con otra entonación, una que trasponía los límites de la amistad, fue un "chao" más dulce, especial, vibrante.

Tus cabellos enredados en el alba



Me encantan los ojos de Irene, literalmente. Posee ojos grandes, más de lo común, marrones y claros como su espléndida cabellera. Es de mirada inteligente y aguda, y sin embargo dulce. Las palabras Botticelli, miel, primavera, son las que mejor me evocan su cuerpo, su belleza no participa de la estética magra de esta época, sin duda. Alguien ofuscado por el canon de belleza actual pensaría incluso que es gordita, pero no lo es, su figura expresa firmeza y salud, Irene se desplaza por la vida con goce y dignidad.

Cuando le interesa lo que alguien dice o lee, uno puede sentir lo atento que está todo su ser. Pero cuando está ladillada se estira con voluptuosidad, bosteza, dice algo cómico y cambia el tema. Entre ambos existe un acuerdo tácito, algo no declarado, ni oficial, es la certeza de que ninguno dejaría morir al otro. Pero no es sólo amistad, eso ya lo sé, hay otra cosa, también hay pasión, nos hemos acercado lo suficiente como para estar seguro de lo que digo.

El sábado fui a su casa muy temprano, ella recién despertaba. Al verla una imagen apareció en mi interior: "Tus cabellos enredados en el alba". Irene se acercó sonriente a saludarme, entrelazando sus manos en mi espalda se levantó sobre las puntas de los pies para besarme en la mejilla, entonces pude sentir bajo su pijama dos senos desnudos y firmes, ovales, que se apretaban contra mi pecho. ¿Será posible -le pregunté- que esté yo en brazos de Venus? Ella rio con ternura.

Me arroba contemplar su belleza, los destellos de intimidad que a veces me brinda su cuerpo. Entreponer una pierna entre las suyas cuando sentados conversamos muy próximos, entonces ella pierde el hilo de una conversación que yo había ya olvidado, nos miramos conteniendo la respiración, en una mezcla extraña de turbación y osadía, pero luego ella se repliega, ¿por qué?

De pana que no entiendo, la atracción es compartida, lo he atisbado en sus ojos, cuando rozo su piel, y es que cuando estamos juntos todo es verdadero, por un instante nuestras miradas dejan de pertenecer al mundo de lo cotidiano y se comunican entre sí certezas de regiones desconocidas.

Siento, cada vez más, que su belleza es un alimento que me urge probar, jugos que mi boca desespera por beber.

Una temporada en el Infierno



Irene me invitó al grupo de lectura de los viernes que coordina H. Ulises, el novio de Lucía, leen a Rimbaud: la ...temporada... Dijo que su mamá quería que yo fuera. Acepté.

El grupo se reúne en casa de Irene, en torno a una amplia mesa redonda que está en un segundo nivel del estudio, yo no lo conocía. El lugar posee una bella iluminación natural, en él no hay libros, éstos se hallan abajo, en la biblioteca, donde solemos reunirnos Irene y yo a estudiar, a veces con Lucía.

Conmigo éramos diez, cuatro hombres y seis mujeres, Irene y yo somos los más chamos. Hay dos tipas y un tipo que estudian Letras, como de veintipico, el resto son adultos. H. Ulises es escritor y traductor, parece que ha traducido a Blake, a Rilke y a Pessoa. Hay también una pintora, un músico y una cuentista.

Se usa la siguiente forma de leer: el texto seleccionado para cada sesión es leído de corrido (primero en francés y luego en español), sin interrupciones, por alguien que se ofrezca. Luego se retoma la lectura en castellano, mas cualquiera que desee hacer un comentario puede mandar a parar e interviene. Al final se lee algún párrafo de alguien que haya escrito sobre Rimbaud, pero no de Crítica, este viernes se leyó un fragmento de *El tiempo de los asesinos*, de Henry Miller. La mayoría de las intervenciones tienen lugar en este momento.

Todos intervinieron menos yo (bueno, no de manera formal), los comentarios eran diversos en contenido y forma. Los chamos que estudian Letras aportaron datos sobre la vida del autor: Rimbaud terminó de escribir su obra a los veintidós años, si recuerdo bien, y luego se fue a África, Abisinia, a traficar con esclavos. El propio maldito. El comentario de la cuentista, Helena, fue que Rimbaud vivió su malditismo, que no fue un literato, la escritura como arte le tenía sin cuidado, escribió sobre los bancos de las plazas... El músico, Raúl, agregó que Rimbaud no era

marico, que su relación con Verlaine fue una muestra más de su carácter maldito, que en África se empató con senda negra. La pintora, Dolores, afirmó que si fue homosexual o no era irrelevante. Irene preguntó que si Abisinia y Etiopía eran lo mismo. Lucía le respondió que en efecto a veces se usan como sinónimos, y luego hizo algunas consideraciones sobre la frase "otros horribles trabajadores" que leímos, y a la que seguía algo así: "levantarán las banderas donde yo las he dejado" (pero no lo recuerdo textualmente). Dijo que esos horribles trabajadores éramos nosotros, o aquellos que entre nosotros se rebelaban en algún momento hasta el tuétano (yo pensé en Leo y también en mí). Luego citó una de las frases que Rimbaud escribiera en Charleville (¿o sería París?): "He visto tantas parejas mentirosas." Dijo después, siguiendo a Miller, que a Rimbaud le había faltado fe, y que ésta era el arma que debían empuñar quienes los relevaran, esos horribles trabajadores. El último en hablar fue H. Ulises.

Comenzó mencionando el poema "El barco ebrio", que Rimbaud escribiera a los 17 años, creo que hizo mención de una traducción de Alí Lameda. Aseguró que esta obra es una exploración en dos ámbitos anímicos que se interrelacionan: la exploración del alma del poeta, y la del alma de las palabras. Cuando H. Ulises dijo esto, yo no puede impedir que se me escapara un hondo suspiro. Él hizo como si no se hubiera dado cuenta y prosiguió.

No concuerdo con Helena, o mejor dicho, creo necesario hacer una precisión -dijo-, a Rimbaud sí le interesaba el arte de la palabra, y mucho, lo que le tenía sin cuidado era la obra literaria, por eso no se molestó en publicar, su arte era efímero de algún modo, y su descontento con el mundo fue tal que dejó de escribir y se puso a comprar y vender gente, esa fue su manera de decirle a la humanidad lo que sentía de ella, esto es, que era una mercancía. El destino del poeta occidental parece ser la maldición. ¡A la puta! -exclamé yo-. ¡Qué duro! Después nadie más habló. H. Ulises me miró por primera vez a los ojos, como pillándome, y dio por terminada la sesión.

Al despedirme, Lucía me llamó aparte y me obsequió dos libros de H. Ulises: *Contrapesos* y *Ontología poética*. Dijo que él podía orientarme en mis ejercicios literarios. Yo repetí esta última frase en forma interrogativa: ¿Mis ejercicios literarios? Sí -respondió ella, e inquirió al momento-, ¿acaso no es la literatura tu principal ocupación ahora?, ¿no es a lo que más ánimo le pones?, ¿lo que mejor te sale?, si no, ¿por qué escribes? Intenta responderte esta pregunta, y por qué no: escribe lo que descubras.

Sexo



En ocasiones como hoy no pienso sino en sexo, lo respiro, palpito en él, siento sexo, soy sexo. Y no me refiero al coito, o no sólo a este hecho. Lo que trato de expresar es que en días así me parece que el sexo está en todo.

Esta mañana en el recreo Irene me invitó a comer de una guanábana que había llevado, la partió por la mitad y me ofreció una parte. Yo casi no la mordí, la saboreé, me la bebí. Mientras mis labios sorbían con deleite el jugo de la fruta, sentía que era a ella a quien gustaba, ella la que goteaban de mi boca, ella quien alimentaba mi cuerpo.

Luego de comer la guanábana prohibida nos fuimos a lavar, mas antes de hacerlo tomé su mano entre la mía y acaricié su palma con una devoción llena de lascivia, presionando mi pulgar a fondo. Nuestras manos, rendidas, dieron paso a unos labios que jugaron a saborear la fruta en la boca del otro. Entonces yo jadeé, y ella dejó escapar un suspiro. Pasé el resto de la mañana y toda la tarde pensando en sexo, sintiéndolo, siendo sexo. Mi arrebato comenzaba a dolerme, ¿qué hacer?, no lo sabía, pero me negué a masturbarme.

Fui a casa de Irene, pues era ella la causa de mi delirio, no era otra, aunque pudo haber sido fácil creer que se trataba de una obsesión cuyo motivo era intercambiable por cualquier muchacha. En el fondo yo sabía que no era así, que mi anhelo tenía un rostro único, que mi sed clamaba por un cuerpo definido, que mi corazón se estremecía por un corazón que no admitiría ser relevado. Si en mi ser habitaba este incendio, estaba seguro, debía también arder en el de ella.

Pero no fue así, al llegar a su casa Irene se sentía mal, me dijo que nos viéramos luego, que quería dormir pues estaba cansada.

¡Coño! No entiendo.

Nosce te ipsum



Quando pienso en el modo correcto de existir, ¿en qué o en quién pienso? Esto es, quiero saber si cierto pensamiento que tengo, un sentimiento, alguna conducta, es o no apropiado, ¿a qué referencial me dirijo para saberlo?

Y, cualquiera sea el referencial al que apele, ¿posee él la verdad? ¿Cómo lo sabría yo? Si yo sé que un referencial cualquiera posee la verdad, o no la posee, es porque yo sé cuál es la verdad, y si esto fuera así, ¿para qué buscar referencias?

Pero yo no sé cuál es la verdad, esto lo sé, de manera que busco fuera de mí algo que la posea y me la transmita, para de este modo adaptar mi existencia a eso y tener la certeza de estar haciendo lo correcto.

Ahora bien ¿es esto posible?, es decir, ¿puede alguien, algo, saber qué es lo adecuado para mí? Si fuera posible ¿cómo sabría yo que estoy ante la persona o la cosa indicada si lo que define mi busca es el reconocimiento de mi ignorancia? Y si no es posible, ¿qué hacer entonces para proceder con justicia?

No hay manera de saber qué es lo correcto, cuál es la verdad, sin saber antes qué soy yo, quién soy.

H. Ulises. Contrapesos.

Inecuación



La página en blanco es como el lienzo sin pintar, o el pentagrama vacío, o el escenario sin actores.

¿También el artista ha de estar en blanco, sin pintar, vacío, sin actores, antes de crear?

¿Por qué escribo?



Supé de cierto poeta que decía escribir por envidia. Me contaron de un escritor, uno de los mejores que he leído, que lo hacía para ser amado, porque imaginaba que en algún lugar, en algún momento, alguien se le acercaría para decirle que sentía amor por él y sus ideas. Me parecen ambas respuestas extraordinarias, sobre todo por su honestidad y sencillez. Pero yo no escribo por esas razones, cuando escribo. He sabido de otras respuestas: "Para exorcizar mis fantasmas", "para expresarme simplemente", "porque no puedo hacer otra cosa". A mí esto no me suena. He hojeado últimamente artículos científicos en los que se relaciona la escritura con la remisión de ciertas psicopatologías, teorías que la ven como vehículo catártico de contenidos inconscientes, y hasta como función del espíritu. Mas en mí nada de eso halla lugar.

No obstante hoy, mientras jugaba con la tarde en espera de la noche y el sueño, surgió la respuesta a esa pregunta. No tengo ningún motivo personal para escribir, no persigo propósito alguno escribiendo, creo que la literatura no tiene sentido.

Casi todo lo que hago tiene un propósito: lavo carros para que me paguen, estudio para cumplir, leo para saber, siempre busco algo a cambio. Pero no en la escritura. No quiero ser un escritor famoso, no creo que llegue a serlo, lo que hago no se ajusta a lo que hace famoso a los escritores. Por otra parte, no soy escritor, ese no es mi oficio, soy un chamo y no tengo disciplina, escribo cuando quiero, o cuando no quiero, nadie ni nada me obliga, nada ni nadie espera algo de mí, no publico. Tampoco quiero cambiar el mundo, no creo que las palabras lo puedan cambiar, no de un modo significativo, y aun si lo pudieran no abrigo esa pretensión. No tengo la esperanza tampoco de vivir de mis escritos, y menos en Venezuela, donde con cincuenta ejemplares se resuelven los derechos de autor.

En fin, para mí escribir carece de sentido, y esta comprensión posee tal belleza, tal aroma de vitalidad, que quisiera detenerme en ella y no avanzar. Pero no soy Whitman, de modo que seguiré adelante.

Cualquier razón que demos para escribir es sospechosa. Todo propósito que abrigue el escritor para realizar su oficio compromete al escritor y pervierte el oficio, todo sentido adjudicado a la literatura es espurio.

Creo que la dimensión natural del escritor es la libertad, sólo en ella puede gestarse la obra literaria, y sólo renunciando a una razón para escribir aquella se hace posible. Una vez publicado el libro, emancipado del autor, nútrase quien lo lea y otórguele cada cual el sentido que le sea más afín. Habrá que dejar también a los críticos hacer su trabajo, reñir para ganarse la arepa.

Pero como aquella pregunta puede ser respondida de cualquier forma, pues hace parte del juego de creer que las opiniones importan, yo, que hoy participo en este divertimento afirmo: Escribo por vocación.

Encanto IV



Desde mis genitales, algo que no puedo explicar deseaba manifestarse ante Irene, o para ella, o con ella, una fuerza tremenda y firme, entonces la abracé dejándome ser. Estábamos en El Valle.

No hubo nada que me dijera "hazlo así", o "no lo hagas", simplemente aquello se exteriorizaba a través de mí, de mi cuerpo, era mi cuerpo, algo químico, biológico, pero también era algo más.

Me sentí como un amante experimentado que sabía, sin saberlo, cómo obrar: entregarse y acometer. Pues aquello que nos pasaba era sexo, era un abrazo, pero era sexo, no estábamos desnudos pero era sexo: nos enfrentábamos y no obstante éramos unidos. No hubo caricias, sino un empuje, una presión, que en aumento, cada cual refundía en el otro. Manaba y remanaba un oleaje de cuerpo a cuerpo, una suave tormenta eléctrica, in crescendo, que terminó llevándonos al éxtasis, a la región del jadeo. Fue agresivo, y tierno. Fue hermoso.

Entonces ella se apartó un poco, se había sonrojado, me miró y dijo con timidez: Chamo, qué locura, tuve un orgasmo. Y me volvió a abrazar.

Dejamos El Valle. Fuimos a comer y aquel bienestar permaneció. Irene me observaba callada, y sonriendo se volvía a sonrojar.

Fue algo inusual, pero verdadero. Otro encanto.

H. Ulises



Le mostré a H. Ulises el escrito que me sugirió hacer Lucía. Irene y yo fuimos a su apartamento, ella me había dicho que el pana era un serio sonriente. Creo que no hay frase que mejor lo describa, hasta la sala en que nos hallábamos daba la impresión de amabilidad y seriedad unidas. Mientras tomábamos café, el hombre leyó con atención el texto, luego lo puso sobre la mesa y permaneció en silencio. Yo me sentía un pelo incómodo, era la primera vez que le mostraba a un escritor algo hecho por mí, y pensé, pues el silencio se prolongaba, que no le había gustado.

Creo que estás esperando que te diga algo -enunció al fin-, esperas mi opinión. Yo asentí.

Si has sido sincero con lo que expresas no deberías -agregó-, alguien que escriba por vocación no hace caso de la crítica ni espera reconocimiento. H. Ulises volvió a callar. Y era cierto, así lo vi, de modo que olvidé mi expectativa y fui al grano: ¿Podrías orientarme en la creación literaria? Él respondió con otra pregunta: ¿Sabes qué significa ser orientado, no sólo en la literatura, sino en cualquier cosa? Ya me había dado cuenta de que H. Ulises no era retórico, lo cual me agradaba, de modo que no inventé una respuesta y permanecí callado. No, no lo sé -dije al cabo de un rato-.

¿Quieres que te lo diga o prefieres averiguarlo tú? -volvió a inquirir-. Bueno -respondí yo-, ¿qué tal si lo averiguamos juntos? Al escucharme, su sonrisa le ganó un grado a la seriedad y afirmó: Vale. De inmediato se volvió hacia Irene que había permanecido callada todo este tiempo: ¿Y tú qué piensas Ire? Ay, Héctor -dijo Irene sorprendida- ¿por qué me preguntas a mí? ¿Por qué no -dijo éste- somos tres, y además, no crees que a Alejandro le gustaría saber lo que crees? No sé si le interese -contestó ella-. Irene se dirigía a H. Ulises con familiaridad, con cariño y confianza. Yo la miré e intervine: Sí, de hecho me gustaría saber qué piensas. ¿Estás seguro? -argumentó la amiga-. Yo asentí.

Bueno -dijo luego de dudar un pelo y cuidando sus palabras-, yo creo que alguien como tú es muy difícil orientar. La sonrisa de H. Ulises terminó por hacerse risa. Yo me indigné, centré la mirada en ella para responderle cuando él intervino: ¡Ya va!, no le des la razón tan rápido -y entonces la risa se le convirtió en carcajada-. Todos terminamos riendo.

Estoy dispuesto a intentarlo -dijo el escritor cuando recobró la seriedad- pero te advierto que no va a ser fácil.

Adiós al Facebook



Me he preguntado qué significa "Facebook": ¿Cara de libro? No. De acuerdo a lo que uno ve por aquí debe significar más bien El libro de caras. Por una parte es un gran libro virtual en el que cada usuario es una cara. Por otra, cada usuario puede mostrar allí todas las caras tuyas que elija. Todos, en Facebook, nos fabricamos rostros, los que deseamos descubrir a los demás. Construimos álbumes con nuestras mejores fotos, subimos imágenes con las que queremos que se nos identifique, videos, textos, ocurrencias, críticas, chistes.

He escuchado decir que en Facebook podemos ser nosotros mismos. No. En Facebook podemos inventar la imagen de nosotros mismos que queramos imponer a los demás. Y esto es muy diferente. Para ello tenemos una serie de herramientas, tenemos un perfil, un estado, una portada, una biografía, nuestro propio muro, privacidad, podemos publicar, ocultar... El libro de caras es el mejor invento de esta época narcisista e hipócrita, es su símbolo. Ahora podemos mojonear a los demás con recursos virtuales que no conocieron nuestros abuelos, y lo mejor de todo, podemos engañarnos a nosotros mismos con la aprobación y estímulo de la aldea global y sus redes sociales. ¡Es gratis! Díganme si hay una egoterapia mejor que ésta para evadir nuestros complejos de vacuidad e inferioridad.

Publiqué esto en mi muro y al otro día tenía 22 likes y varios comentarios. Y eso que soy nuevo y casi no tengo "amigos": apenas estoy aprendiendo a usar la plataforma pues casi no entro. Con todo, ninguno de mis estados había tenido tanta receptividad. "¿Qué hace que la gente que está de acuerdo con lo que pienso de esta vaina sigan en Facebook? ¿Qué hago yo aquí?" Me hacía estas preguntas cuando noté que alguien me solicitaba en el chat. Era T. J.: Cómo estas? Tanto tiempo -decía su mensaje-. Qué loco -pensé-, yo preguntándome "¿qué hago aquí?", y aparece el rostro de la persona que me invitó al libro de caras, y aparece el recuerdo de la razón por la que acepté entrar: yo le echaba los perros en ese momento. Estoy

bien y tú? -le respondí- y sí, hace mucho que no nos vemos. "T. J, está escribiendo" -leí que decía en la barra de la ventana-. Fui a "Amigos" y busque a Irene, hice clic. Estoy bien, te he estado recordando -decía T. J.-, me gustó mucho lo que publicaste sobre el Face. Era la segunda vez que entraba a la página de Irene, comencé a curiosear en su muro, en sus publicaciones, mientras respondía a T. J.: Sí? Y qué fue lo que te gustó? Vi una publicación que hacía un chamo: Hola Ire, ¿cómo están tú y tu libélula? ¡Qué! -me dije- "¿Tú y tu libélula?" ¡A la vaina! ¡Si seré estúpido! ¿Qué me hizo pensar que yo era el único que la había visto? Bueno, lo que más me gustó fue la forma como descargas a los tontos que se la pasan en Face -decía el nuevo mensaje de una T. J. que yo había ya olvidado-. ¡Qué bolas! "¡Tú y tu libélula!" -seguía diciendo algo dentro de mí enardecido-. Y tú no eres una de las que se la pasa metida en esta vaina? -le respondí a T. J. en un ataque de ira que me impulsaba a la página del tonto de la libélula-. T. J. está escribiendo -decía nuevamente la barra de la ventana- Bruno De Filippo (Guby) -decía el muro de mi enemigo-. ¿Quién eres idiota? -interrogué con voz potente a su fotografía del perfil y fui a su biografía-. Ayyyyy, Alejandro, por qué me dices eso, estás molesto?, -leí en el chat-, y además, tú también estás aquí, hace tiempo que quería contactarte otra vez pero no me atrevía, y parece que tenía razón, ¡estás violentísimo! Estudia en el colegio... Coño, ¿qué estoy haciendo? -me dije cuando comenzaba a leer la información del Guby güevón, y quise salirme de su página-. Pero no pude. Pinché en "Fotos" y salieron como 20 fotos del toche ese: en traje de baño, bailando, fumando narguile, haciendo pesas, ¡con Irene! ¡Era el tipo que había estado empatado con ella!, y ahora contraatacaba, como T. J. parecía contraatacar también. Disculpa T. J. -comencé a escribir-, estaba molesto con algo pero no tiene que ver contigo... y además... tienes razón... qué hago yo aquí?... Regresé al muro de Irene y revisé otros posibles contactos con su ex. Hola príncipe... -una nueva ventana del chat se había abierto, era Irene- Nada de príncipe, no joda!... -le respondí en mi cabeza-. Pues eso mismo me he estado preguntando yo últimamente... -decía el mensaje de T. J.- ¿será que tiene un cuadro en fb? Jajajajaja. ¿Tienes un cuadro?... -No sabía qué responder a Irene, bueno -me dije- supongo que debo saludarla- Hola Irene. ¿Cuadro? -respondí a T. J.- Sí... novia light... dícese de la chama con la que sales sin compromiso...jijiji- contestó T. J.-. Qué haces?... ya preparaste la exposición de historia? -inquiría Irene en su ventana del chat-. Sí, sé que es un cuadro -respondí a T. J.-, no tienes que definirlo, y por cierto, tú qué? Sales con alguien en este momento? ¿Qué estoy haciendo? -me dije-, por qué le pregunto esa vaina a T. J., ¿qué me interesa a mí?-

, ¿esta pregunta no era para ella! Ah no ale...yo pregunté primero, je - agregaba T. J. en su cuadro de diálogo- dime, sales con alguien? No salgo con nadie... -respondí-. What? -inquirió Irene-, que no sales con nadie?, jajaja, y quién te está preguntando? Pero... yo pensé que tú y yo salíamos... ¡Coño! -me dije- ¿qué es esto? No era contigo Irene, disculpa, me equivoqué -le respondí-. Alo, alo...alo, entonces, no me vas a responder, Ale? -preguntaba T. J.-. Cónchale, no sé -le escribí a ésta- yo pensaba que no pero ahora no sé. Jajajaja -respondió Irene- es echándote vaina, o tú crees que somos algo más? Dios, ¿qué hago? -interrogué en mi pensamiento- Cómo que no sabes?... jijiji... -decía T. J.- tú no cambias... Qué pasó chaborro? -decía el mensaje de un tercer cuadro del chat que había aparecido-. Mira Elio -respondí-, estoy metido en un peo, luego hablamos. En qué peo estás metido? -respondió T. J.- por qué me dices Elio...no estarás chateando con el chungo ese... Y entonces Alejandro? -agregó Irene-, qué soy yo para ti? Eres alguien muy especial para mí y tú lo sabes... -escribí a Irene-, pero la verdad, ya no lo sé... Ayyy!!!! Maricón!!!, yo lo sabía, pero conmigo no cuentes pa esa vaina -respondía Elio- alguien muy especial y yo lo sé? Gay!!!! Coño Elio!, no era contigo, después hablamos -dije al pana-. Cerré el cuadro del chat de Elio luego de leer un: jajajajajaja. Ale... ale... ale... pasa algo? -decía T. J.- si estás ocupado podemos hablar luego, de todas maneras voy a estar por aquí...porsia... Alejandro... disculpa si te he incomodado con mi pregunta -intervenía Irene-, no respondas si no quieres, era medio en broma... Uff! Un sólo chat -me dije-, por fin, pensaba que me iba a poner loco. No Irene, está bien -respondí- es que estaba ocupado, pero ya no... qué me preguntabas? No vi nada que me diera nuevas pistas del tal Guby, así que fui a las fotos de Irene, las cuales había visto yo sólo de pasada. No importa -respondió Irene-, olvídalo, aunque... no... mejor no lo olvides... en serio que yo pensé que tú y yo estábamos saliendo, sin compromiso... pero saliendo... Yo también lo pensaba -contesté mientras veía unas fotos en que Irene y su ex (si es que no habían vuelto) salían besándose como dos tortolitos, la típica foto facebuqueana de novios- pero ya no lo sé. ¡Qué coño estoy haciendo! -me dije al punto de haber enviado el mensaje- ¡parezco toche! Y qué te hace dudar? -escribió Irene cuando yo volvía a su muro para ver si ella había respondido al comentario del Guby mariquito-, cuál es la duda que tienes?, a ver... quizá te pueda ayudar, echa pa fuera!... Estoy bien -decía la respuesta que acababa de escribir Irene a su ex-, el otro día te vi y me provocó acercarme a saludarte pero no me atreví, no sé, y tú qué, cómo has estado? No sé porque soy tan idiota -escribí a Irene-, pensé que yo era el único que conocía tu tatuaje de la libélula. Irene no respondía y yo seguía

obsesionado revisando su página, vi comentarios del año pasado entre ella y su novio, todos cuqui, y pensé que ella no lo había olvidado, no había borrado nada, y además, le acababa de responder que lo quería saludar pero no se había atrevido. ¡Y eran las mismas palabras que me había dicho T. J. a mí!, que sin duda buscaba peo. ¿Qué está pasando? -me pregunté- ¿Quién se burla de mí? Ningún mensaje de Irene. Me había dejado en "Visto". El mensaje le había llegado hacía unos minutos y no respondía. Cada segundo se me hacía una eternidad, mis pensamientos corrían a millón. Imaginé entonces que ella chateaba con el Guby como hasta hace poco yo lo estuve haciendo con T. J. ¿Qué se estarían diciendo? Yo estaba furioso, arrechísimo, super celoso, cuando recibí respuesta: Mi tatuaje de la libélula?, chamo, qué te pasa?... de qué hablas? Bueno, por si te interesa saber -decía el cuadro del chat de T. J. que volvía al ataque- no estoy saliendo con nadie... y me gustaría verte de nuevo. Qué dices? A ver, Alejandro, explícame eso de la libélula -decía Irene al notar que yo no respondía-, de verdad que me dejas loca! Qué dices Ale -insistía T. J.-, crees que esté bien que nos veamos de nuevo? Yo daba por realidad que Irene y su ex volvían a cuadrarse, entonces, lleno de rabia, buscando desquitarme, escribí a T. J.: Sí, me parece bien que nos volvamos a ver... y... qué haces ahorita?... veámonos ya! Estaba a punto de enviar el mensaje cuando minimicé los dos cuadros de chat y respiré profundo.

Fui a mi cuenta. Traté de calmarme. Mi respiración estaba muy agitada. Mientras el timbrecito que anuncia que se tiene un nuevo mensaje en el chat seguía insistiendo, fui al baño para echarme agua en la cara y pude observar en el espejo el reflejo de un chamo poseído por los celos y la rabia, enloquecido. Volví a respirar profundo, aflojé el cuerpo. Regresé al escritorio. Releí entonces lo que había escrito del Face y me pareció ingenuo: Si Shakespeare hubiera escrito *Otelo* ahorita, ¡lago sería Facebook!

Fui a Inicio, Opciones de seguridad, Desactivar la cuenta, apareció una vaina ridícula que decía que tal, tal y tal me iban a extrañar, puse una opción de retiro, la clave de mi cuenta, un código de seguridad, y dije adiós por siempre al infausto libro de la C I A y la tragedia. UFF!!!

Balance del daño escolar



Un balance general del daño escolar, el año escolar, que digo, el último de bachillerato al fin, tenemos que Irene y yo obtuvimos la segunda mejor calificación en la tesis. Ella obtuvo el mejor promedio de las cuatro secciones y le corresponde dar el discurso el día del acto. ¿Qué ira a decir la loquita? (por cierto, el Guby había visto la libélula de Irene en la piscina, ¿dónde más?). Leo, que no se gradúa, envió un regalo: calabacines y lechugas (orgánicos, por supuesto). Elio no lleva ninguna a reparación y se gradúa, qué de pinga. Metió tres ingenierías como opciones en la OPSU, pero la está ligando para no salir en ninguna, el pana lo que quiere es montar un taller mecánico y luquearse. Leo ya encontró lo que buscaba, tiene en El Resguardo su universidad, está aprendiendo lo que siempre quiso. Irene metió Educación Preescolar, Educación Básica Integral y Psicología. Dice que va a empezar por la que le salga pero que su vocación la lleva a estudiar las tres, yo estoy seguro de que lo va a hacer. Al principio me pareció raro que escogiera Educación, pero luego me di cuenta de que eran prejuicios míos, si uno pillá bien la vaina, eso es lo que necesitamos, Educación con mayúscula. Yo metí Letras, Filosofía y Psicología, en ese orden, y aunque no esté ligando como Elio para que no me salga ninguna, ni esté pensando en estudiar las tres como Irene, estoy seguro de que en la universidad está sólo una parte de lo que quiero. De Samy no sabemos nada.

Todos parecemos, en este momento de euforia, saber qué esperamos de la vida. Pero hay otro balance que al parecer nadie hace: ¿Qué espera la vida de nosotros?

Conocimiento directo



Yo necesito de ti, tú necesitas de mí -comenzó diciendo Lucía-, ambos nos necesitamos para ser nosotros. Ahora bien -continuó-, yo necesito de mí, tú necesitas de ti, si no, la relación es alienante. Mas, si me centro tanto en mí que no te reconozco, si te centras tanto en ti que no me reconoces, no hay relación humana, o ésta es totalmente disfuncional.

¿Contra quién luchas? -preguntó de súbito, y sin dar tiempo a que yo pensara en una respuesta, agregó-, ¿te lo has preguntado alguna vez de manera silenciosa, desde el fondo más genuino que hay en ti? Velo, por favor.

Piensas que es contra ellos que luchas, contra el mundo -afirmó al cabo de unos segundos en los que yo permanecí callado-, contra la sociedad, pero, ¿acaso no eres tú el mundo y la sociedad?, ¿no eres la humanidad?, ¿y no la soy yo también? La humanidad somos nosotros, y nosotros somos ellos, luego, ¿no es contra mí que luchas?, ¿contra ti mismo?

Creo que le tienes miedo a la soledad -dije sin ánimo combativo, casi en un murmullo-. Lucía, aunque pareció escuchar bien, no respondió.

Temo sentirme apartada de los demás -expresó al rato-; la rabia y el resentimiento ya una vez me llevaron a eso, a no crearme parte de nada, de nadie, ni de mí misma. Fue una temporada en el Infierno en la que la angustia y la depresión se turnaban como mis anfitriones. Hoy creo que no hace falta luchar. Ninguna guerra tiene sentido. La manera de ser uno mismo no es combatiendo, antes bien, la clave está en la entrega, y si logré salir de aquellos dolorosos momentos fue porque me entregué, no combatí con mis emociones, mas para ello debí abandonar primero la guerra contra el mundo, pues luchando contra el mundo me hería a mí y a los que más amaba.

¿Y qué hiciste entonces? -cuestioné, y ahora en mi ánimo sí había una clara intención bélica- ¿les diste la razón, hiciste lo que ellos querían, formaste parte de la mentira?, ¿te entregaste? Bueno, sí, ya lo dijiste, te entregaste, pero no es eso lo que yo veo, tú me pareces alguien que hace lo que ha querido, que no se dejó imponer un camino. Ella volvió a hacer silencio.

¿A quién defiendes?

Ahora fui yo quien calló. Lucía había vuelto a sorprenderme bruscamente, me arrojaba otra pregunta que me empujaba a la única región en la que yo podía hallar una respuesta directa, abría las puertas de mi interior.

Esta vez intenté ver dentro de mí. Lo primero que pude sentir fue una gran desazón en el pecho, las imágenes de mis padres, algunos profesores, de T. J.; figuras abstractas como el mundo, la educación, el poder, la sociedad, yo incluso, se arremolinaban formando el rostro difuso y detestable del enemigo.

¿A quién defiendo? -me pregunté-. La respuesta no advino en palabras, no hubo respuesta, hubo la constatación de que había en mí una criatura débil, atemorizada, profundamente infeliz que exigía, como un niño despavorido, ser defendida. Sentí un frío terrible que amenazaba con ascender a todo mi cuerpo desde la planta de los pies. Un vacío sin fondo, espantoso, que amagaba con hacer de mi pecho su guarida. Una multiplicidad de voces ensordecedoras que bosquejaban en mi cabeza el principio de la locura. Inspiraba y expiraba mi cuerpo con dificultad y desde el pecho. Mi reacción fue huir, echar a correr esa desesperanza que comenzaba a tornarse en desamparo.

Lucía me tomó ambas manos en ese instante, con gestos graves me indicó que me dejara caer en la butaca, que soltara toda tensión en mi cuerpo, que pusiera la espalda recta y atendiera a la respiración. De inmediato lo hice. Su mirada era frontal y penetrante, inédita, yo me quedé viéndola y me pareció que podía ir más allá de Lucía, a un lugar tierno y firme al mismo tiempo. Me refugié en su mirar.

Entonces la pesadumbre poco a poco empezó a ceder, un leve suspiro se manifestó, creí entrever detrás y entorno a esa energía malsana que hasta hace un momento me producía pánico, alguien o algo en mí que era completo, sereno, incólume, y que no temía ni

requería ser defendido, su compleción era perfecta. La mueca del terror desapareció y apartando los ojos de Lucia los cerré para abrirlos a mi corazón.

Ya no hubo enemigo, solo un fondo que nos era común a todos. No era mi yo, ni el tuyo, ni el suyo, era algo anterior a lo personal. Así comprendí que era a esta vibración lumínica, a la cálida paz que en ese instante ganaba mi pecho, que buscaba ser fiel.

La dialéctica entre tú y yo -dijo Lucía entonces-, se resuelve en la síntesis con él. Él es lo que somos. El verdadero yo. El verdadero. Yo. El Uno. Él es el Ser. Lo que nos une.

Discurso de orden



Cuando se me informó que me correspondía pronunciar este discurso me sentí alegre y honrada. Consideré un privilegio actuar como oradora de orden en nombre de mis compañeros. Pero reconozco que luego, al imaginar que hablaba ante éstos, ante mis profesores y cada uno de los padres y familiares aquí presentes, vi que me ponía un poco nerviosa. Por último sentí que se me encomendaba una misión que no estaba segura de poder cumplir: se espera en un discurso de este tipo agradecimientos y vítores, quien lo pronuncia debe avivar el ánimo de los presentes, por una parte debe escanciar halagos en la copa de los artífices de la conquista celebrada, es decir, las autoridades del colegio y sus profesores; y por la otra aupar a los que triunfan, esto es, a los graduandos.

Todos los intentos que hice en esta dirección fueron infructuosos, no advertía la motivación necesaria ni veía surgir en mí la forma de hacerlo. No tuve pues otra salida que ser sincera: sé que graduarme no es un triunfo para mí, confieso que no experimento agradecimiento por la directiva del colegio ni por sus profesores.

Este penoso descubrimiento hizo que decayera mi ánimo y el entusiasmo con el que recibí la distinción que se me había hecho. Me sentí como el Principito al llegar a la Tierra, ante un planeta desolado. Pero de igual modo que al personaje de Antoine de Saint-Exupéry, la confianza y la fe me rehicieron. Bajo su influjo decidí entonces obviar lo que ahora sentía como una orden impuesta, hacer este discurso a mi manera, y expresar lo que siento.

Para orientar y poner por escrito mis reflexiones de hoy he necesitado la ayuda de mi padrastro y de este maravilloso clásico de la literatura infantil, sean ellos, pues, quienes me guíen en el difícil compromiso con la verdad.

La educación debe ser un descubrimiento. En un sentido vital, aprender debería ser sinónimo de explorar, tiene que haber

entusiasmo. Los estudiantes aprenderíamos entonces como el Principito, recorreríamos los contenidos de estudio como él viajaba por el Universo, con pasión y libertad. Pero me temo que nos parecemos más al Farolero, habitante del quinto planeta que nuestro explorador visita.

Aquél encendía y apagaba el farol de su pequeñísimo planeta porque esa era “la consigna”. Aún y cuando al pasar de los años su oficio se hubiera hecho fatigoso, no podía dejar de hacerlo, pues “la consigna es la consigna”.

Echemos un primer vistazo a esta sugestiva obra:

“Mi oficio se ha vuelto terrible [argumentó el Farolero]. En otro tiempo era razonable. Apagaba mi farol por la mañana y lo encendía por la noche. Tenía, entonces, el resto del día para descansar y el resto de la noche para dormir...”

Y, después de esa época, ¿la consigna cambió? [pregunta el Principito]

La consigna no ha cambiado –dijo el farolero–. Ese es exactamente el drama. El planeta, de año en año, gira cada vez más rápidamente y ¡la consigna no ha cambiado! Entonces ahora que el planeta da una vuelta por minuto, no tengo ni un segundo de reposo. ¡Yo enciendo y apago mi farol una vez por minuto!”

Compañeros, preguntémonos cuánto de lo que aceptamos estudiar es vital, que de eso se trata. Inquiramos también sobre el modo en que aprendemos. Los “contenidos programáticos” (esta horrible frase, más cercana a la robótica que a la didáctica, evoca ella misma la idea que tenemos del estudio), y los modelos educativos son arbitrarios, aburridos e impertinentes porque así lo hemos aprobado. Nos hemos dejado adaptar pasivamente, compañeros, –y este es nuestro drama–, a un mundo enfermo y obsoleto, cuya referencia capital es la producción y el consumo. ¿Valdrá la pena hipotecar nuestra creatividad juvenil? ¿Asumir los papeles de productores y consumidores en este proyecto autodestructivo sin precedentes? ¿Seremos parte de los que asolan la vida sobre el Planeta?

Recordemos, compañeros, ¡la consigna no ha cambiado!, mientras que el planeta gira cada vez más rápido. Es nuestro deber hacer que cambie.

Y qué podríamos esperar de nuestros profesores sino que sean personas dispuestas a escuchar y a responder, a guiar por una Tierra

que nos es desconocida, humanos responsables con el universo, con un claro sentido en sus propias existencias, que sepan “volar”, que aun adultos sigan amando.

Pero, ¿son así los maestros que conocemos? Creo no exagerar al decir que se parecen más al habitante del sexto planeta visitado por el Principito: el geógrafo, “Un viejo señor que escribía enormes libros.” Recordemos brevemente la conversación que estos dos mantienen.

“¿Qué es un geógrafo? [interroga el Principito]

– Es un sabio que conoce dónde se encuentran los mares, los ríos, las montañas y los desiertos.

Muy interesante –comentó el pequeño príncipe–. Ser geógrafo es, en fin, ¡una verdadera profesión!

Y echó una mirada, hasta donde le alcanzó la vista, al planeta del geógrafo. Nunca había conocido un planeta tan majestuoso.

Es muy hermoso su planeta. ¿Hay océanos?

No puedo saberlo –dijo el geógrafo–.

¡Ah! –el pequeño príncipe estaba decepcionado–. ¿Y montañas?

No puedo saberlo –dijo nuevamente el geógrafo–.

¿Y ciudades y ríos y desiertos?

Tampoco puedo saberlo –repitió de nuevo–.

¡Pero usted es geógrafo!

Exacto –replicó el geógrafo–, pero no soy explorador [...] un geógrafo es demasiado importante para andar de aquí para allá. Un geógrafo no abandona jamás su despacho.”

Decía C. G. Jung dirigiéndose a sus alumnos de psicología analítica: “Un terapeuta no puede acompañar a un paciente más allá de dónde él mismo ha llegado”. Me permito variar la frase del suizo: Ningún profesor puede enseñar a sus estudiantes aquello que él

mismo no ha vivido, eso que no lo entusiasma, lo que no le conste en su propia sangre.

En un sentido humano cabal, duele relacionarse con profesores de Castellano que, no conformes con odiar la literatura –tal como lo expresara un valioso poeta venezolano–, enseñan a aborrecerla. Basta de profesores de Biología sin compasión por la vida animal y vegetal. Nos ofenden las charlas de sexualidad que soslayan el placer y el amor, el estudio de la historia del arte que obvia la sensibilidad estética, cuando no la repudia. Algo en nosotros huye espantado al observar el misterio numérico marchitarse en pizarras adormecidas y en bocas profanas, al ver como se degrada la química fundamental de la materia en aburridos ejercicios memorísticos. Y no hablemos de la Filosofía, rebelde cuestionadora de lo habitual, ni de la Física, noble reveladora de misterios; entre nosotros reducida a ser pasatiempo de excéntricos la primera, y látigo al servicio de la penitencia y el castigo la segunda.

Señores profesores, no nos llamen soñadores por exigir, como el Principito, adultos inteligentes, auténticos, amables y creativos, pues estarían demostrando que son ustedes quienes sueñan, quienes olvidan que en algún momento también supieron que la vida no es la ficción de segunda que los postrados llaman realidad. Ni idealista, pues es derecho de todo joven aspirar al desarrollo pleno de sus potencialidades. También ustedes aspiraron.

¿Y qué podríamos decir del colegio?, que sería lo mismo que hablar de todos los colegios, del sistema educativo en general. Quizá el personaje que encuentra nuestro bello amigo en el cuarto planeta nos lo responda, el hombre de negocios, quien estaba tan ocupado que no tuvo tiempo de levantar la mirada para ver al Principito cuando llegó:

“ – Buenos días –dijo el Principito–. Su cigarro está apagado.

Tres y dos son cinco. Cinco y siete, doce. Doce y tres quince. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo para encenderlo de nuevo. Veintidós y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Todo suma, entonces, quinientos un millón setecientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

¿Quinientos millones de qué?
¿Eh? ¿Permaneces ahí? Quinientos un millones de... ya ni sé...
¡Tengo tanto trabajo! Soy muy serio. ¡No me entretengo con tonterías!
Dos y cinco, siete”...

Señores directores, ¿hará falta algún comentario?

¿Y nuestros padres? ¿Qué decir de ellos? Reconozco estar pasándome de la raya, y pido disculpas, mas nadie puede salir hoy de aquí sin recibir algo, todos tenemos derecho. Siento que el primer hombre que conoce nuestro amigo, puede ser muy parecido a muchos de ellos: El Rey.

Cuando el Principito llegó a su planeta, no pudo descansar pues no había sitio donde sentarse, todo el espacio estaba ocupado por el manto del soberano, de modo que bostezó.

“Es contrario al protocolo bostezar en presencia de un rey -dijo el monarca-. Te lo prohíbo.

No puedo evitarlo -respondió el pequeño príncipe todo avergonzado-. He hecho un largo viaje y no he dormido...

Entonces -dijo el rey- te ordeno bostezar... vamos, bosteza de nuevo. Es una orden.

Así, me intimida... No puedo de nuevo...
¡Hum! ¡Hum! -respondió el rey-. Entonces te ordeno bostezar una vez sí y otra no.”

Un gran explorador de la psiquis humana, Eckhart Tolle, asegura que la queja que se esconde detrás de todas las quejas que abrigan los hijos contra los padres, puede resumirse en esta pregunta: “¿Por qué no me reconoces?”

Refiere también que en una relación en la que el padre y la madre no abandonen, aun ocasionalmente, su rol parental no hay amor.

No reconocer al hijo significa despreciarlo, un hecho despótico ante el cual el rey de nuestro cuento palidece y hasta llega a parecerse candoroso. Es sobreponer el egocentrismo al amor.

Señores padres, ¿por qué no nos reconocen? ¿Por qué no reconocen que somos hijos de la vida –como afirmaba Gibrán– por el anhelo de sí misma? ¿Que aun viniendo de ustedes no les pertenecemos? ¿Por qué no reconocen que cada hijo tiene un camino que sólo él debe transitar? ¿Que es una acción mezquina reducirnos a ser la prolongación de sus deseos, o la revancha de sus anhelos no cumplidos? ¿Por qué no reconocen nuestro valor innato, y sí el falso que ustedes proyectan en nosotros? ¿Por qué no nos reconocen?

Compañeros, profesores, directores, señores padres. He trazado este discurso como quien urde un atentado, consciente de estar pisando terreno peligroso, pero con la despreocupación del que no teme perder. Con el único propósito de incitar a la desobediencia. Quiero desobedecer al pequeño círculo de nuestras ideas y prejuicios, las convenciones. Quiero ser desobediente como el Principito, que es lo mismo que decir: quiero ser fiel al proyecto de vida que defiende mi corazón.

No quiero ser como el Geógrafo, el Hombre de Negocios o el Rey, demasiado ocupados con las cosas “importantes” para atreverse a vivir, o como el Farolero, demasiado obediente para ser él mismo.

Al empezar estas palabras dije saber que yo no había triunfado, confesé no sentir agradecimiento por ustedes. Ahora añado y explico: Para mí *El Principito* fue de niña un encuentro poderoso que me niego a olvidar. No he triunfado pues me encuentro muy lejos de vivir la única obediencia que acepto, mi auténtica responsabilidad: ser yo misma. No me siento obligada con el colegio ni con sus profesores, porque ellos me empujan en el sentido opuesto que anhela mi ser.

Buenas noches.

Irene Torres

Fiesta de grado

Preámbulo musical y evocación

Cuando llegué al salón de fiesta sonaba “The great gig in the Sky”, de *El lado oscuro de la luna* de Pink Floyd, esa rola en la que Cleare Torry grita dolorosamente, canta el sufrimiento, hace “La gran actuación en el cielo” con dolor y arte. A mí me parece la condición humana, la mortalidad, hecha melodía.

Eran las diez de la noche y casi nadie había llegado, así que salí a la piscina del hotel y me senté en una mesa. Víctor, un compañero graduando se me acercó mientras maraqueaba un trago, y haciendo mención de la música que venía del salón de fiesta preguntó viéndome a los ojos: ¿Te gusta Pink Floyd? Yo respondí sin mucho interés que sí. A mí también –siguió diciendo él–, me tripeo la música que hace variaciones tonales, por eso prefiero el rock de antes, como esta banda, o The Who y el blues, Janis Joplin, el jazz –pensé entonces que Víctor era hipster, él continuaba–, el metal en cambio, sea new, napal, gótico, o lo que sea, comienza muy estático, y luego desciende durísimo, por lo general en un tono menor, y uno acaba todo emo.

Yo seguía escuchando al compañero, y sin embargo mi mente era halada dos horas atrás al auditorio del colegio y al discurso de Irene. El down del rock es diferente –continuaba Víctor– es un descenso humano, de emociones legítimas que cualquiera ha sentido; pero el bajón del metal es otra cosa, despersonaliza, yo lo escucho sólo cuando me declaro fuera de servicio.

Cuando Irene terminó su discurso hubo un instante de hondo e impenetrable silencio, como el que sigue a las noticias inesperadas, o el relámpago de no tiempo luego del primer beso.

Entre tanto el pana había seguido con la conferencia de sus gustos musicales: La salsa me gusta burda, y el guaguancó, el son y las guajiras ¿La música clásica?, bueno, eso es otro level. El reggaetón está prohibido nombrarlo, es el antónimo del arte musical, mierda para los oídos. Que me perdone Elio.

La admonición de Irene había sacudido a los presentes. A un mismo tiempo, los compañeros nos levantamos con furor, y como el cañonazo que inicia la parada, explotamos en una descarga de aplausos, silbidos, gritos, "bravos"... una tormenta anegó el auditorio, algunos panas golpeaban los asientos aumentando el fragor, alguien lloraba. Miré con atención a Irene que en ese minuto bajaba las escaleras del escenario, ella se detuvo por un momento, nos observó con respeto, se llevó la mano al corazón y se encaminó a toda prisa fuera del lugar.

¿Y Björk? ¿Te gusta? -interrogaba Víctor, así me di cuenta de que la música había cambiado, él esperó mi respuesta y siguió hablando- "Army of me" es bien, pero yo me tripeo más el shoegazing que el trip hop. M83 es lo máximo.

Lucía y H. Ulises salieron tras Irene, y yo, que me sentía borracho. Cuando llegué al estacionamiento, junto al Wolsvagen de Lucía, ésta se hallaba frente a su hija, sostenía con delicadeza el rostro de Irene entre sus manos, yo sentí que así se contempla a los ángeles: los ojos de la madre irradiaban ternura y admiración. Entonces le dijo: Si eres bella mi amor -hizo una larga pausa para luego proseguir-. Y valiente. En seguida llevó sus labios a la frente de Irene y la besó. Ambas se abrazaron. H. Ulises, que había permanecido cerca todo el tiempo, expresó a la hija una vez se desunió de la madre: Gracias. Después Irene me miró, yo seguía borracho, en shock, me guiñó un ojo y habló de este modo: Alejandro, quiero que estés en la fiesta antes que yo, ¿puedes? Necesito que estés allá cuando llegue, ¿sí?, nada más tengo cuatro espinas. Yo asentí y me quedé todo mudo. Ellos se fueron.

Mira Víctor -dije al pana entonces-, por qué no vamos al salón de fiesta y seguimos cotorreando-. ¡Sí va! -respondió el compañero con alegría-. Y nos encaminamos dentro.

La familia de la mesa redonda

Cuando regresamos al salón busqué a Irene con la mirada y no estaba, pero sí mis padres, de modo que invité a Víctor a la mesa y fuimos a sentarnos.

¿Qué están tomando? -preguntó la jefa-, whisky -respondió Víctor mientras acercaba el vaso para que el viejo le sirviera. ¿Y tú? - indicó éste dirigiéndose a mí-. Yo dije que por ahora estaba bien, que no había empezado a tomar y no quería nada. Sonaba Maelo.

¿Cómo está la investigación y la docencia, señor Kedive? -escuché que decía Víctor al tiempo que ponía su mano sobre el hombro del viejo y éste lo miraba con previsión bonachona-, usted es físico, ¿cierto? Sí, es cierto, y todo va muy bien -expresó el investigador agregando al momento-, ¿te gusta la ciencia? De hecho no lo suficiente -dijo el pana-, no como para estudiarla en la universidad. ¿Y qué piensas estudiar? - inquirió aquel-. Música, señor. ¡Coño Víctor!, ¿en serio? -intervine yo con sarcasmo-, no te creo. Entonces mi padre me observó con reproche. Sí, en serio, Alejandro, ¡quiero ser músico! La música es una profesión noble -se interpuso mi madre-, pero su ejercicio profesional es dificultoso, ¿has pensado en el campo de trabajo? En ese momento tomé el celular para ver si Irene había escrito. Revisé pero no tenía wp de ella.

Traté entonces de aclarar mi estado de ánimo, me sentía raro, el discurso de Irene me había entusiasmado burda, me había dejado en shock, mas ahora el eco de sus palabras dejaban en mí un ruido extraño. Y además, me sentía intrigado por su extraña petición, ¿por qué necesitaba que yo estuviera en la fiesta antes que ella? Comencé a repasar en mi memoria su discurso desde el comienzo. Vi que Irene asumía en su alocución un tono y un rol que no encajaban del todo con la idea que yo tenía de ella: una chama pacífica que, antes de meterse con la gente, la quiere.

Me pareció que la relación que planteó entre el estudiante y el Farolero era perfecta, pero que no se adecuaba a ella. Por

el contrario, si conozco a alguien pilas es a Irene. Ella no se deja imponer "la consigna".

También observé que su crítica a los profesores, si bien legítima, no era "suya", Irene, yo lo sabía, experimentaba cariño por todos ellos, en todo caso, le había notado con los profes sólo un poco de contrariedad. Era cierto que ella planteó siempre en clase que la educación se había degradado, cuanto expresó en su discurso era verdadero y ella lo sentía, pero en el fondo eso no tenía que ver con su realidad. Su madre la había educado, después H. Ulises, y si asistía a clase era por las certificaciones y para conseguir una beca, ¿qué podría importarle la infamia de los colegios?

¿Y qué era esa pugna con los padres? Lucía no era ni lejanamente parecida a la mamá controladora y despótica que Irene había retratado en sus palabras, H. Ulises no era un tirano, y por supuesto que ella no los experimentaba de ese modo. Y nuevamente me preguntaba: ¿Cómo es eso que yo debo estar antes que Irene aquí? Y, "¿sólo tengo cuatro espinas?"

A la tertulia de nuestra mesa se habían unido otros representantes, hablaban del desempleo, de la necesidad de hacer una revisión de los currículos de estudio universitarios y de sincerar éstos a la realidad laboral del país. Víctor hacía silencio y prestaba una atención, para mí exagerada, a cuanto se hablaba.

Yo seguía en mis cavilaciones. Recordé a Irene, en imágenes claras, preguntando en clase algo que ella no ignoraba (cómo se conjuga el verbo imprimir). Luego preguntando a la profe de Inglés la ortografía de unas palabras que Irene, me constaba, conocía a la perfección. Después, y esto fue lo que me dio la pista para despejar mis dudas sobre su discurso y mis sentimientos encontrados, pidiendo al profesor de Matemática que repitiera una información, que hasta Elio debía saber, sobre despejar de ecuaciones.

Entonces comencé a advertir el sentido de las palabras de Lucía a su hija en el estacionamiento del colegio: "Si eres bella mi amor". Era evidente, ahora estaba claro, que Lucía no se refería a la belleza física de su hija, seguramente que antes de salir al grado se lo había mencionado, la madre estaba refiriéndose a otra belleza.

Y aquí se comenzaron a aclarar mi estado de ánimo y mis reflexiones, el aturdimiento fue pasando. Si bien Irene sentía cuanto había expresado en

su alocución, hablaba más por sus compañeros. Así como antes preguntaba en clase cosas que ya sabía para ayudar a los menos aventajados que no se aventuraban a inquirir, así ahora se situaba a su lado para defenderlos. Pero de una manera que esta vez la ponía en peligro, pues la ubicaba en el bando de los rebeldes, de los segregados, de los que no obtienen becas ni otros privilegios. La encasillaba en el clan de todo eso con lo que ella, hasta el momento, no se había identificado abiertamente. Sí. ¿Cómo no lo entendí antes? El discurso de Irene, al tiempo que revelaba el lugar que escogía ante el mundo, había sido una inmolación.

Esta era la belleza a la que se refería su madre, por esto el arrobo de Lucía al contemplarla. Por eso a mí me pareció que la veía como a un ángel. Por eso su última frase: "Y valiente". Una lágrima corrió por mi mejilla en ese instante.

Irene se había sacrificado (su prestigio, sus contactos, su reputación de ser la mejor, la más disciplinada, sus posibilidades de ser becada), y H. Ulises le estaba agradecido, ¿por qué? Ya no necesité más respuestas. Noté al momento que mi madre tenía puesta su atención en mí. Ella presentía mis sentimientos. Yo la miré, recosté mi cabeza en su hombro y ella me besó.

Observé la mesa, redonda y sin jerarquías. Todo era muy pacífico ahora. Llegaron mis hermanos y me felicitaron, otras personas partían. Mi padre nos miraba con cariño. Recordé que no le había parado a Víctor y el sentido de su charla musical: sólo buscaba que fuéramos amigos. Pensé entonces que él sería un buen miembro de la Pandilla, lo busqué en ese instante con la mirada y le envié una señal fraterna.

Aún reclinado en mamá (¿cuánto tiempo hacía que no estábamos tan próximos?) vi el salón. Se escuchaba Héctor Lavoe. El lugar estaba en calma, y sin embargo la gente hacía alboroto y los padres bailaban.

Mi hermana pidió permiso para salir con Víctor a la piscina. Cuando se iban, éste le decía: Ojalá y pongan drum 'n' bass. El drum 'n' bass es lo máximo, me encanta Pendulum: ¿Has escuchado "Star Collision"?, yo la prefiero a "Tarantula", que me parece que disocia la melodía. Carolina me guiñó un ojo.

Una dimensión amable por completo lo envolvía todo. Me recordé en la niñez, y aunque yo no quería buscar ya palabras para dar comprensión a mis sentimientos, una voz habló dentro de mí: sencillez -dijo-.

Yo me sentía ligero. Supe que tal como yo vivía este momento, era la manera en que vivía siempre mi amiga. Y era tan de pinga. Irene se allanaba y la vida la enaltecía, fracasando triunfaba, obviando el camino del mundo ganaba la ruta de su corazón.

En ese instante el salón de fiesta fue invadido por un murmullo. Irene había entrado. Besé a mi madre en el rostro y salí corriendo al encuentro de mi heroína. Ahora sabía qué esperaba ella de mí: sólo tiene cuatro espinas.

Rumba

Sonaba Blue Foundation: "Little by Little", cuando tomé a Irene de la mano y pregunté: ¿Qué se siente ser un hada rebelde? -entonces comenzamos a bajar las escaleras rumbo a la pista de baile-. Es muy raro -respondió ella-, pero supongo que me acostumbraré; por favor, te lo pido, no me dejes sola esta noche -y explorando mi mirada preguntó mientras se detenía un instante y sonreía-. Dime, ¿qué se siente ser un Principito? No te dejaré sola -le aseguré, y luego respondí-, también es muy raro, demasiado sereno, pero creo que me puedo acostumbrar.

Entonces arrancó el hard tecno. Y comenzó la rumba.

La Culata



El cielo estaba full de estrellas, éramos los únicos en el lugar y temblábamos de frío. Nos acostamos sobre el techo del Jeep, sobre mantas que habíamos llevado, Irene reclinó su cabeza en mi hombro, nos arropamos, yo la abracé y quedamos en silencio.

Vi el cielo desde una maravillosa ignorancia, como alguien que no ha escuchado nunca hablar de teorías cosmogónicas, nombres de planetas ni galaxias, que no posee nociones de física, metafísica, ni educación sistemática alguna. Nunca me había pasado que viera el cielo estrellado sin pensar en él, y estaba a punto de no pensar en nada cuando Irene habló: ¿Yo te gusto?

Su interrogante se dilató en la quietud, yo no respondí, pues aunque ambos sabíamos la respuesta, en ese instante la pregunta se formulaba en mí como por primera vez. ¿Me harías el amor? -repuso- y no es que te esté invitando a hacerlo aquí, y menos con este frío. Lo que quiero saber es si yo te gusto de ese modo.

Su voz era dulce y su intención sincera, despejado como la noche era su propósito. No respondas -dijo al momento-, de verdad no digas nada, lo sé, nada más quiero agregar que nunca he hecho el amor con nadie, bueno, que no sea contigo, pero esa vez no cuenta... sabes a qué me refiero. Irene entonces llevó su índice extendido a mis labios con devoción, ya no hubo palabras, mi boca jugó con su dedo hasta que rato después una nube comenzó a tapar el asombroso firmamento.

Más tarde bajamos y la invité a casa diciendo que mis padres habían salido de viaje. Luego de dudar un momento, Irene aceptó.

Iniciación



Hablábamos en mi cuarto y bebíamos café humeante a sorbos, cuando observé tras su mirada un brillo que hacía fulgir los ojos, callamos. No recuerdo un silencio tal. Fue como dar conmigo en un fondo cristalino, aún esquivo, y descubrir que también Irene pertenecía a este espacio. Pink Floyd era nuestra banda.

Decir que nos desnudamos es no decirlo bien, pues ya lo habíamos hecho, quitarnos la ropa fue sólo el símbolo que anunciaba nuestro encuentro.

Entonces nos acercamos, y los radiantes ojos, los rostros y los cuerpos. Apareció luego el abrazo, deliciosamente cálido, aproximando cáliz y turgencia.

Y las bocas se juntan -bordean las manos-, manan sabores que van mutando, bebe la vida, liba en ánforas de miel. Horizonte de islas unidas, lamen las olas, suaves baten, anegan playas, abrevan jugos a palmera que se hiende. Ahora estallan clamores, la piel abrasa, brotan aromas, íntimos los cuerpos se estremecen.

Ya no hubo tiempo, sólo éramos Irene y yo, uno en el otro, por primera vez los dos, por primera vez Uno.

Colección Arte de la Palabra

A fin de otorgar la justa importancia que tiene la literatura en el establecimiento de la consciencia cultural de toda nación, nos hemos propuesto reunir, sistematizar y difundir el corpus artístico universitario contenido dentro del ámbito de la palabra –tanto de autores nacionales como internacionales–, y abordar así la recopilación, estudio y publicación de obras pertenecientes a los géneros: poesía, narrativa y ensayo. La colección busca, además, complacer las exigencias del lector experto, así como afinar la sensibilidad estética de todo lector.

n a r r a t i v a
n o v e l a

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES Autoridades Universitarias

- *Rector*
Mario Bonucci Rossini
- *Vicerrectora Académica*
Patricia Rosenzweig Levy
- *Vicerrector Administrativo*
Manuel Aranguren Rincón
- *Secretario*
José María Andrés

PUBLICACIONES VICERRECTORADO ACADÉMICO

- *Presidenta*
Patricia Rosenzweig Levy
- *Directora*
María Teresa Celis
- *Coordinador*
Ricardo R. Contreras

UNIDAD OPERATIVA

- *Supervisora de procesos técnicos*
Yelliza García
- *Asesor editorial*
Freddy Parra Jahn
- *Asistente*
Yoly Torres
- *Asistente técnico*
Liliam Torres

Colección

Arte de la palabra

Serie Narrativa

Sub-serie Novela

Sello Editorial Publicaciones

Vicerrectorado Académico

Manual del rebelde.

Diario de un adolescente

Primera edición digital, 2018

© Universidad de Los Andes

Vicerrectorado Académico

© Julio César González

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal:

ME2018000144

ISBN: 978-980-11-1907-4

ISBN: 978-980-11-1908-1

- Concepto de colección
Katalin Alava
- Corrección de texto
José Antequera
Claudia González Da Silva

- Edición Literaria
José Antequera
- Diseño y diagramación
Julio César González
Carlos Saavedra
- Diseño de portada
Carlos Saavedra

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los autores y el editor.

Sello Editorial Publicaciones
Vicerrectorado Académico
Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia
Edificio Central del Rectorado
Mérida, Venezuela
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
<http://www2.ula.ve/publicacionesacademicas>

Editado en la República
Bolivariana de Venezuela